

En una tierra donde los poetas proliferan en número infinito, ¿cómo es posible que en el campo educativo se ignore en forma tan burda la vida poética de los jóvenes? ¿Cómo es posible que las legiones de adolescentes crezcan y enfrenten la existencia asesinando todos sus sueños e ilusiones, al chocar con una realidad hosca y densa, tan distinta al mundo espiritualizado de sus divagaciones juveniles? ¿Cómo es posible que tanta juventud bien intencionada caiga en el materialismo? Nuestra tragedia cíclica es, en definitiva, ésa: la incomunicación de los espíritus, el desarraigo, la desesperación de la condición humana misma.

En el aspecto mental o intelectual de la educación, sintetizaremos principios que presentan caracteres de evidencia: debe abandonarse toda clase de enciclopedismo, para introducir al alumno, desde sus primeros años, en la plena conciencia de que está construyendo, con la ayuda de sus maestros, un todo intelectual propio, particularísimo, intransferible. En tal sentido, la formación filológica sería insustituible; sean clásicos o modernos, los conocimientos lingüísticos utilizados de continuo en escritura directa, en traducciones o en conversaciones, son poderosos principios rectores de una sólida vida intelectual. De la misma manera, la lógica y la ciencia matemática conducen al alumno por caminos de raciocinio y método. Deben transmitirse, no ya los conocimientos, sino las formas de llegar a ellos. La educación debe ser una continua experimentación —libre y consciente— que desarrolle las funciones intelectuales.

La memoria debe ejercitarse en armonía con este plan. Si bien el desorden mental propio de la edad juvenil siempre existirá, no hay mejor terapéutica que la disciplina mental mínima, el dominio de varios idiomas, la corrección lógica o la agudeza propia de la formación matemática. Así, el joven podrá enfrentar el desorden mental general con un orden parcial adquirido por su esfuerzo de varios años y sabrá, en consecuencia, que por la vigilia puede llegar a la luz.

Pero como condición necesaria para desarrollar ese plan, debe existir una correlativa acción emocional. El profesor impulsará continuamente al adolescente a cumplir con su particular vocación. Debe captar toda inclinación al arte, la poesía o la creación literaria. Y así como hay materias rectoras en el orden mental o intelectual, debe haberlas en el orden espiritual o emocional.

Como directa consecuencia del destierro del enciclopedismo, y ante la perspectiva ético-axiológica de la relación alumno-profesor, corresponde una referencia a los **textos de estudio**. Existirán en las materias fundamentales, pero en los demás casos habrá series de libros para reuniones de lectura y comentario. Las más importantes obras modernas referentes a la Antropología Filosófica, Axiología y Ética ocuparán lugar de predilección en el horizonte intelectual juvenil. La lectura directa de los clásicos se establecerá, no ya como materia obligatoria, fija y, en consecuencia, aborrecida, sino bajo las condiciones de espontaneidad, libre elección y trabajo voluntario. Allí donde no exista un real interés, un deseo sincero, no habrá frutos sanos. La imposición elimina —a veces inconscientemente— el placer de estudiar y de investigar; el profesor debe ejercer, no un directo dominio sino un indirecto e imperceptible contralor. A pesar de ello, el trato continuo es indispensable. De otra manera, se diluiría la acción magistral en la lectura libre desmedida, en el desorden, en el caos mental. Debemos desterrar de las nuevas generaciones no la desorientación juvenil, que es natural y sana, sino la pasividad e indiferencia frente a esa desorientación. El adolescente, cuando conserva el impulso inicial hacia los valores culturales, cae fácilmente en el cuadro desolador del desorden espiritual, en la desesperación de la incultura.

La efectiva aplicación de cualquier principio pedagógico es difícil: el joven presenta una estructura psico-biológica complicada; no podemos a veces introducirnos en la lucha de contradictorias inclinaciones que lo anonada. Sepamos buscar los más propicios temas para iniciar la tarea: el sentido de la vida humana, la conformación antropológica, la vanidad y vacuidad de las ambiciones políticas mezquinas, la tolerancia ideológica y religiosa, la caridad llevada a sus más insospechadas consecuencias. Tengamos siempre presente que la mejor manera de entusiasmar al adolescente en un sano ideal es sumergirlo en el estudio de las dificultades que a él mismo se le presentan. Recordemos que en general es desmedidamente orgulloso; este orgullo puede ser sano si no cae el joven en el egocentrismo fútil a que todo hombre se encuentra peligrosamente inclinado. El profesor debe conocer estas íntimas luchas y obrar en consecuencia. Uno de los errores de nuestra educación consiste en que aquellos maestros que superan el grado de indiferencia docente caen muchas veces en una preocupación meramente intelectualista o en

la difusión puerilizada de principios morales mal enfocados. La verdadera dimensión educativa, la del diálogo continuo sobre cuestiones esenciales, pocas veces se alcanza. Las causas bien las conocemos: aburguesamiento profesoral, incapacidad por elevado número de alumnos, preocupaciones materiales múltiples ajenas a la cátedra, inconsciencia espiritual y moral. Pero el verdadero educador sabe, con su propia iniciativa —aunque el ambiente sea ciego a sus desvelos—, tomar las medidas necesarias para guiar a sus alumnos. No hay más tremenda responsabilidad que la de este hombre que debe iluminar las inteligencias y los espíritus: de él depende la salud cultural del pueblo, de él nacen, en definitiva, las ideas sociales sanas.

No hay para nuestro problema educacional posibilidades de planificaciones monstruosas o remedios genéricos. Todo lo anteriormente esbozado es de muy difícil aplicación por la ausencia de profesores auténticos, por las dificultades ambientales que los pocos que existen encuentran a diario, por el estado colectivo de descomposición moral. Deben imponerse la responsabilidad, el odio a la rutina, la real vocación. Vislumbremos las posibilidades individuales de acción directa; se impone la efectiva labor de pequeños grupos de maestros que formen libres comunidades de estudio. Pensemos que hay una generación impaciente que divaga entre la inconsciente futilidad y la decadencia; recordemos en todo momento que en esta legión desorganizada de adolescentes rebeldes existen fuerzas que, a causa de la incomunicación y el desconcierto, no son visibles. Luchemos para que la Argentina oculta se desprenda del velo cauteloso que la envuelve: "Abandonemos, pues, las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz". Mientras tanto, mientras no encaremos la cuestión decididamente, estas nuevas generaciones permanecerán así; habrá como siempre individuales excepciones a la general indiferencia entre la adolescencia argentina. Pero la medida exacta y posible del despertar la darán quienes eduquen apasionadamente en directa experiencia, en labor desinteresada.

El trabajo debe comenzar desde ya. Las prácticas que los aspirantes a la docencia desarrollan paralelamente a sus cursos teóricos deben adquirir un positivo significado; no es posible, en pleno período de individual formación didáctica, sortear el obstáculo experimental con clases bien o mal preparadas, pero librescas, verborrágicas. Busquemos el directo

contacto con los discípulos; no hay mejor formación para el educador que comenzar a enseñar mientras él mismo aún se encuentra en el período juvenil: de otra manera puede caer fácilmente bajo el insensible manto de la mentalidad burguesa. El remedio más eficaz para evitar la espiritual deformación es, ciertamente, tender a la formación de los demás; así se adquiere la certidumbre en esos principios adquiridos en largas horas de vigilia.

La tarea es sencilla, pero sacrificada en esta época de comodidades; exige responsabilidad y temple. Para trabajar decididamente en el laboratorio didáctico debemos utilizar, no técnicas, sino instrumentos inespaciales e imponderables. Allí, en la calle, en el café, en la escuela, está el sujeto de la intransferible experimentación. Sepamos comprenderlo y daremos cabal sentido a nuestra existencia.

TOMÁS SARAVÍ AROE.

PEDAGOGÍA PSICOLÓGICA

Sería injusto reprochar a los maestros de antaño el no haber tenido en cuenta a la psicología: se guiaban según la psicología que habían aprendido; si ella era muy insuficiente, sobre todo en lo que concierne al niño, no era suya la culpa. No ocurriría lo mismo con los maestros de hoy que se obstinaban en los antiguos procedimientos.

La pedagogía clásica era intelectualista y sobre todo voluntarista; descuidaba, particularmente en la educación dada por los establecimientos públicos, los resortes afectivos de la vida humana y la acción del medio ambiente. Era suficiente, se pensaba, con mostrar el bien, precisar donde estaba el deber, y apelar a la voluntad del hombre o del niño para que éste se decidiera a elegir lo que considerara mejor. Bajo la influencia de Kant, se había llegado hasta ver el ideal moral en una acción cumplida sin ningún estímulo gracias a un esfuerzo de fría voluntad reprimiendo las tendencias contrarias.

La psicología moderna es menos simplista y no reconoce al hombre ese extraño privilegio de poder hacer alguna cosa por la sola razón de querer hacerlo. Todo acto de voluntad tiene su razón y esta razón, cuando se toma conciencia de ella, constituye un impulso capaz de hacer fracasar impulsos que

obran en sentido inverso. No se domina una inclinación sino oponiéndole otra más poderosa. Hasta aquel que cree querer por querer está sostenido por el vivo sentimiento que experimenta hacia la grandeza del hombre dueño de sí y por el deseo de asegurar este dominio. En una palabra, la psicología ha reconocido el rol capital del interés en la vida humana: nosotros no hacemos bien sino lo que hacemos con gusto.

Otra idea importante de la cual los psicólogos contemporáneos han tomado conciencia es la necesidad de vivir sus ideas para hacerlas verdaderamente suyas. La pura enseñanza, aquella que no libra sino un saber, sólo asegura una instrucción superficial y no educa. En el dominio intelectual, así como en el dominio moral, no hay educación más que por la práctica, y en la práctica es tanto más profundamente educativa cuanto que ella se presenta menos como un ejercicio particular insertado en el marco de la vida que como la trama misma de la existencia que se lleva. Hay que contar menos, para la formación, y sobre todo para la formación moral del hombre, con el conocimiento de un determinado programa y con sus esfuerzos personales, que con la acción de un medio educativo; no se habrá hecho gran cosa por el progreso de la humanidad mientras no se hayan mejorado sus instituciones.

Teniendo ideas tan inexactas como las fuerzas que rigen la actividad del adulto, la psicología clásica debía equivocarse aún más torpemente sobre el niño puesto que no lo había estudiado.

Antes el conocimiento del hombre se adquiría especialmente por la familiaridad con el teatro clásico y la novela, gracias a los cuales uno era impulsado en seguida a mirar en sí y alrededor de sí. Ahora bien, los novelistas se han interesado raramente por los niños, y éstos no aparecían casi en las tablas, sino para desempeñar en ellas el papel de personas mayores —Eliacín, no es uno de los niños que saltan en los patios de nuestros colegios.

Los psicólogos se complacían en la observación del adulto civilizado y culto que ellos analizaban con fineza. ¿Cómo había llegado el hombre a esta etapa? De esto apenas se ocupaban y descuidaban el estudio del niño y con más razón el de los animales, de los primitivos y los ignorantes que hubieran podido ponerlos sobre la vía de la psicología infantil.

Sin duda, los maestros estaban en relaciones cotidianas con niños a los que podían observar; pero las exigencias de sus funciones les mantenían a cierta distancia de sus alumnos a los que no veían sino en grupo o en un marco artificial; éstos,

por otra parte, en esas relaciones oficiales, adoptaban un comportamiento convencional, pantalla que escondía su psiquismo verdadero en lugar de revelarlo. Es en la espontaneidad que hay que observar a aquél a quien se quiere conocer.

De las reacciones espontáneas de sus niños los padres eran los testigos diarios. Pero no obstante el hábito que da la investigación científica de no fiarse de las primeras impresiones, nosotros nos inclinamos a juzgar toda cosa según nosotros mismos, viendo intenciones hasta en la actividad de la materia bruta cuando ella se opone a nuestros deseos. Con más razón prestamos al niño nuestra propia psicología: error de principio que falseaba, cuando no era corregido por esas intuiciones que preceden el conocimiento científico, toda la acción pedagógica.

La psicología clásica, en la época en que la psicología no estaba aún constituida en ciencia independiente, consideraba al niño como un hombre en miniatura. En consecuencia se pretendía que actuara como hombre tanto más atento a evitar toda fantasía, cuanto que estaba en la edad en que se contraen los hábitos, en que se prepara su vida. Hasta se era más exigente para con él que para con el adulto. Se entiende que este último, cautivado por el interés o la pasión del momento, no piense en el porvenir, en la vejez o en la muerte. El niño por el contrario, debe mantener tensa toda su energía con miras a la preparación de su edad madura. Esa tensión contra natura, la persuasión llega a veces a obtenerla de algunos temperamentos particularmente dóciles y a los que el éxito estimula. Pero la mayoría de los niños, sobre todo los muchachos, se revelan; padres y educadores deben recurrir a medios de coerción, a un régimen de vigilancia estricta y de castigos que consisten en reducir aún la parte dejada al niño para vivir su vida de niño.

Así algunos escolares se encuentran condenados a una existencia que recuerda a la de los presidiarios, y de estos últimos adquieren el espíritu: su gran preocupación es escapar a la vigilancia y esquivar un trabajo que les disgusta tanto más cuanto que les es impuesto con más rigor; ulcerados por los apóstrofes sin amabilidad que se les dirige y por las medidas disciplinarias de que son objeto, experimentan un sordo rencor, no solamente contra sus educadores, sino también contra todo representante de la autoridad. Casos excepcionales, sin duda, pero es en vista de esas excepciones que parecen organizados los establecimientos escolares cuya atmósfera general respira la violencia.

La vía ha sido abierta a un conocimiento justo del alma infantil cuando psicólogos y filósofos se han inclinado, con un fin científico, sobre el alma de sus hijos. Entre los más conocidos señalaremos a Darwin, quien en 1877 consagró un artículo a las observaciones hechas sobre su hijo Doddy; Wilhelm Preyer quien, con la metódica constancia característica de los investigadores alemanes, llevó el diario de las observaciones hechas sobre su muchacho tres veces por día desde su infancia hasta la edad de tres años, e hizo con él un gran volumen titulado *Die Seele des Kindes* (El alma del niño, Alcan, 1887).

Los psicólogos se dedicaron enseguida al estudio metódico del escolar sobre todo cuando, siguiendo a Alfred Binet, tuvieron que dar, con el médico, su opinión sobre el caso de niños retardados o anormales, a colaborar con organismos de selección y de orientación.

Gracias a estas investigaciones se edifica poco a poco una psicología del niño fundada sobre la observación y sobre la experiencia, o más bien una paidología, ciencia teórica del niño, en la cual la pedagogía, ciencia práctica, encuentra sus reglas de acción.

PAUL FOULQUIÉ.

Les écoles nouvelles.

Presses Universitaires de France.

París. 1948.

Traducción de Sarah Platero.

LA COPIA EN LA ESCUELA

El hecho que voy a referir ocurrió hace algunos años en una escuela vespertina de Berisso, la populosa y fabril. Berisso, tan cerca y tan lejana de La Plata, vegetal y universitaria. Llegué a ella bordeando su canal oscuro. Ciudad de escasos árboles, protegida y amenazada por tanques enormes. Ennegrecida por el humo de sus fábricas. Con olor a petróleo.

La escuela en que debía iniciarme como maestra estaba situada en un barrio obrero bastante apartado. Varias cuerdas entre yuyales y tierra eran la diaria preparación espiritual para la tarea que iba a afrontar.

Ante una casilla de chapa me aguardaban, el primer día, unos treinta niños de diversas edades. Rostros de todas las razas me contemplaron, inquisidores. Con estos silenciosos

acompañantes llegué, por una galería a la que daban dos o tres salones, a la única aula habitada. La más impenetrable lobreguez, envolvía al resto de aquella escuela de la que yo constituía el único personal.

¡Qué distinta la Pedagogía que se estudia de la que se vive! ¡Qué lejos Pestalozzi, Montessori con sus escuelas modelos de aulas soleadas y alegres! Entre el libro y la vida hay, en verdad, una distancia inconmensurable.

Allí estábamos como náufragos en un islote mis alumnos y yo, el primer día de clase. Eran en general niños que trabajaban durante el día en las más variadas ocupaciones. Los distribuí por filas de acuerdo a sus respectivos grados. Reuní a los mayores y les expresé cuánto esperaba de ellos, qué valiosos colaboradores serían en la dura empresa que me aguardaba.

Uno me interesó desde el primer momento: tendría catorce años; si tuvo una primera infancia feliz, había quedado muy lejos tras su frente precozmente arrugada; ya la vida había pasado inexorable sobre él.

Me atraían sus ojos grandes, de mirada fija, que raramente parpadeaban: resbalaban sobre mí, huían de mí, iban de mi escritorio a la ventana, en gesto no sé si de incompreensión o indiferencia. Sin embargo, advertí en su naturaleza indefinible algo que lo distinguía entre sus compañeros y que estaba más allá de su persona, como si una presencia invisible velara por él en torno a sus cabellos indóciles, a sus manos curtidas, pero limpias.

La tarea de enseñar fué ardua. Debí multiplicarme para que todos tuvieran interés en aprender; mientras atendía el silabeo de los pequeños, escuchaba el planteo de un problema o la lección que dificultosamente exponía uno de los mayores.

Eran éstos los que más me preocupaban. Inabordables, casi huraños a todas mis tentativas de acercamiento, no cumplían con sus obligaciones, llegaban ruidosamente tarde a clase, hostilizaban a los pequeños, eran incesante motivo de indisciplina.

Yo apelaba a toda mi paciencia. No quería quebrar los débiles hilos que unían aquella adolescencia rebelde con la escuela primaria.

A todos los capitaneaba Luis, el de los ojos impenetrables. Tardé en comprenderlo. Su impasibilidad me desorientaba. Era el cerebro de las hazañas de sus compañeros que lo admiraban. No conseguía sorprenderlo en falta. Con segura

habilidad realizaba las travesuras más audaces sin que fuera posible hacerlo responsable. Su astucia y capacidad de disimulo eran infinitas. ¿De qué tortuosas napas de la sociedad había salido aquella magra criatura? Pronto pude recoger algunos informes: el infortunio había sido su invariable compañero; huérfano de padre se había unido a un grupo de muchachos contrabandistas. De tal escuela procedían sus argucias y mañas. Vivía en la mayor pobreza, sólo con su madre.

Le demostré confianza, recordando el pensamiento tantas veces repetido: "El niño será lo que nosotros le hagamos creer que es; nada hay en él de definitiva, de irremediablemente perdido".

Todo era en vano. Lo que más me desolaba eran los hábiles recursos de que hacía gala para salir airoso en clases escritas u orales.

Empleaba las estratagemas más raras para suplir con el ingenio la ausencia de voluntad en el estudio. Yo fingía no comprender. No quería enfrentarlo para no provocar un rompimiento que tal vez lo alejara definitivamente de la escuela.

Faltaban dos meses para finalizar el curso. Ese día los alumnos debían realizar una clase escrita. Alguien requirió mi presencia fuera del aula. Medité un momento y llamé a Luis; no quería dejarlo a solas con una tentación que sin duda no hubiera podido vencer. Le expresé mi fe en él y lo dejé a cargo del grado.

Regresé al aula antes del tiempo que habría calculado aquel niño extraño que me atraía con la irresistible seducción de conquistarlo. Sentado en su banco, aprovechaba mi ausencia para copiar nerviosamente lo que no había estudiado para el examen. Esta vez no pudo disimular su falta. La premura con que compuso sus elementos de trabajo, la turbación de su rostro donde se espejaba la sensación de su culpa, todo lo acusaba.

Sentí una desazón muy honda. Abrumada, herida por su engaño permanecí de pie ante la puerta de aquella aula. Luego, lo llamé con un gesto. Los demás alumnos trabajaban en silencio. Atravesó cabizbajo las filas de viejos bancos y se paró frente a mí en la penumbra del pasillo.

Nos miramos un instante; como siempre, desvió sus ojos: contemplaba las toscas piedras del patio como si en ellas pudiera encontrar la solución a su propio destino indescifrable.

Sepulté las palabras de reproche que aflúan desde mi corazón y que sólo hubieran logrado despertar su rebeldía. Le hablé dulcemente, casi sin esperanza, como se habla a un ser que se aleja para siempre de nuestro lado.

El seguía ajeno, solo frente a sí mismo, encerrado en su baluarte de mutismo.

Inexplicablemente su resistencia me conmovía. Lo miraba con un cariño acendrado; lo sentía tan mío en ese momento, perdido en su limitado mundo hostil. Comprendí la verdad de estas palabras: sólo el que ama puede castigar. Lo amaba mucho más que si hubiera sido bueno y perfecto, tan sólo porque era mi alumno difícil, aquel a quien el destino había traído a mi escuela para que yo tuviera la sagrada misión de forjar su pequeña arcilla indócil. Mientras tanto, seguí hablándole. Lo veía volver calladamente junto a su madre que esperaría ansiosa su regreso. Le dije entonces algo, surgido de ese repentino recuerdo: —¿Engañarías a tu madre, dí, lo aprobaría tu madre? Simples palabras que hicieron el milagro de penetrar bajo pliegues recónditos, hasta un tesoro de sensibilidad. Había dado con la llave que abría la callejuela apartada de aquella alma solitaria. Había arrancado de él, como de una cuerda cuyo acorde sacudiera su corazón, su secreta y remota vibración.

Apuré la súbita emoción de aquella circunstancia: —¿Nunca más volverás a engañar, verdad? ¡Promételo!

Los ojos desmesurados, húmedos, me miraron por primera vez frente a frente. Sus ojos, que prometían infinitamente más que el imperceptible movimiento afirmativo cuando dijo en un susurro: sí, señorita...

De pronto sentí lo mismo que cuando lo había observado el primer día de clase, descubrí ese algo intangible que transcendía de todo su ser: eran las manos de la madre en el cuello planchado de su pobre camisa, en el milagroso zurcido de su guardapolvo de colegial.

Volvió a su banco. En ese momento supe que en el secreto de su conciencia había triunfado el bien; entreví lo que nunca me revelaron los libros de psicología. Su conquista me había enriquecido gloriosamente; me sentí ligada a él por la grandeza del sentimiento que nos había acercado en aquellos breves minutos.

Pedí día a día, humildemente, al entrar a la escuela, que su promesa no se quebrantara. Así fué. Su conducta varió desde aquel momento.

Su madre y yo no nos vimos jamás. Pero se tendió entre nosotras el invisible puente por donde un niño había pasado en la primera encrucijada de su vida.

Muchas veces recordé aquel episodio. Su emoción se mantuvo inmarcesible y me acompañó a lo largo de mi destino dulce y acerbo de maestra.

Pasaron algunos años. En uno de mis viajes a Buenos Aires me cedió el asiento un joven que vestía el gris uniforme de nuestra Armada. Permaneció de pie, a mi lado. Yo levanté mi vista y retrocedí en el tiempo: unos ojos oscuros me miraban desde un aula mal iluminada. Él me reconoció en seguida. Había estudiado, era cabo principal. Habló de largos viajes: El Cairo, Estambul. Yo lo escuchaba pero en mi geografía interior sólo veía un nombre, Berisso, una modesta escuela de chapa. La promesa formulada, como inseparable escudo, había sido su defensa en todos los caminos, rumbo a todos los horizontes.

Me alejé de él recordando con gratitud aquella pregunta pronunciada por un feliz azar. Magia de la palabra en labios del maestro que descubre en la aridez de un espíritu el oasis recóndito y maravilloso de la bondad.

AMALIA C. ANTELO DE BRITO.

UN CASO DE ENSEÑANZA OBJETIVA

Hay un raro y prodigioso caso, por cierto que de conmovedora elocuencia, a favor de la eficacia de la enseñanza objetiva, como sistema didáctico, preconizado como se sabe, por Froebel en Alemania, a principios del siglo pasado.

Trátase de un sistema que se apoya en la adaptación de las condiciones de la enseñanza a la naturaleza del niño, del cual Rousseau fué su inspirador y propulsor, y que tuvo, como es notorio, en Pestalozzi, a un ejecutor intuitivo y práctico en su famosa escuela de Neuhof, en Suiza, donde cultivaba la inteligencia infantil en plena naturaleza, que es sin duda la que suministra al niño las mejores sensaciones y es la que objetiva todo cuanto ha de servir después para el más amplio desarrollo de sus facultades mentales.

Es el caso de una mujer —ejemplo verdaderamente sublime de amor al estudio y al trabajo— que a pesar de ser sorda,

muda y ciega, llegó a graduarse con diploma de alta suficiencia en la Universidad de Harvard, malgrado su ceguera, su sordera y su mudez.

Se llamaba Hellen Keller, norteamericana, quien mediante indecibles esfuerzos de constancia y amor llegó a poseer una especialísima situación de capacidad intelectual, gradualmente, con abstracción absoluta de toda regla pedagógica, asimilando sola la importancia simbólica de los signos, poseyendo sensaciones y conocimientos por medio de éstos, transmitidos por su institutriz a lo largo de la mano; escuchando con dos dedos sobre los labios del interlocutor, y ayudada nada más que por los dos únicos sentidos que le quedaban, el tacto y el olfato, aprovechando el progresivo desenvolvimiento de su sensibilidad táctil y olfativa, que suplía en la desventurada y admirable joven su carencia de los sentidos de la vista y del oído. Cumplíase así en ella el fenómeno biológico según el cual la atrofia de un sentido trae aparejada la hipertrofia del otro.

Así, el cerebro de Hellen Keller, almacenando una cantidad inmensa de síntesis con las que iba elaborando sus conocimientos generales y particulares, casi exactamente lo mismo que se imparten en las escuelas a los niños y en las universidades a los jóvenes que poseen intactos todos sus sentidos, alcanzó un desarrollo extraordinario, hasta el punto de llegar a escribir correctamente las lenguas clásicas, y el inglés, el alemán, el francés, etc. Escritora, publicó varias obras pedagógicas de alto mérito, fué profesora de institutos de ciegos y sordomudos, y obtuvo los títulos de doctora en filosofía, letras y ciencias.

He ahí un caso que prueba elocuentemente cómo la enseñanza tiene un gran fundamento biológico, y que tenía razón Rousseau, apoyado por Froebel, Pestalozzi, y después por María Montessori, cuando en la práctica por la enseñanza objetiva sostenía, sobre todo el ilustre escritor y filósofo autor de *Emilio*, que la educación del niño hay que hacerla por medio de la naturaleza y dentro de ella.

El caso de Helen Keller, conmovedor y admirable, ha revelado a la humanidad el poder enorme de la voluntad y del espíritu de la educación, aun en aquellos seres desventurados, víctimas inocentes de taras hereditarias o que por obra de la fatalidad no disponen del uso normal de todos sus sentidos.

MANUEL TRIGO VIERA.

LECTURAS

EL CORAL ROJO

Entre los más bellos productos que el mar ofrece a la vanidad de los humanos está, sin duda alguna, el coral rojo, que en todos los tiempos ha servido de preciado adorno, con el que muchos pueblos engalanaban su indumentaria o sus arreos de guerra.

Se cuenta que los galos, quizá por atribuir al coral mágicas virtudes, decoraban sus cascos guerreros, sus recios escudos o sus armas de combate con fragmentos de este bellissimo polipero.

Entre los romanos no era raro el que llevasen trozos de coral como amuletos u ofrenda agradable a los dioses. Otras veces fabricaban toscos collarillos, que colocaban a los recién nacidos para preservarlos de las enfermedades, o hacían entrar al coral en curiosas y estrambóticas preparaciones, que creían eficacísimas para conjurar el mal de ojo.

Aun hoy, entre pescadores y campesinos napolitanos, supersticiosos de por sí, llevan cuernecillos engarzados en collares, pulseras y colgantes, a fin de evitar el mal de ojo, la *jettatura*, a la que tanto temen; raro es el pequeñuelo de pocos meses que no se ve defendido de los espíritus o del maleficio con trozos de rojo coral.

Entre algunas tribus del norte de África existe la creencia de que para librar a los cadáveres del genio maligno de sus parientes y amigos, es menester depositar en sus tumbas pedacitos de coral o coronas hechas con cuentas de estas substancias.

En algunos pueblos de Oriente, el coral no es sólo adorno muy estimado, sino también señal de dignidad o de mando. Así, no hace aún mucho tiempo, que en China los mandarines llevaban el coral como atributo de su autoridad. En la parte superior de sus birretes colocaban, de un modo caprichoso, una o varias esferas de coral, de distinta calidad, según el rango del propietario. Las personas pudientes de este país llevan en su indumentaria gruesos botones de coral y colgantes, a veces de gran tamaño, que destacan bellamente sobre sus ricos trajes de seda.

Los turcos son muy aficionados a los adornos de coral, que no sólo utilizan como objetos de arte, sino también como ornato de su vivienda. Hermosos trozos de coral se encuentran muchas

veces en las viviendas de las personas acaudaladas. En Persia y en la India el coral es muy apreciado para adornos de la mujer.

En la época en que la Farmacia utilizaba los más inverosímiles remedios, el coral era preciada panacea que reanimaba el corazón, daba fuerza al cerebelo, al estómago y al hígado, por lo que el hombre que se aplicaba el coral se veía libre de la melancolía y otras afecciones.

De todas estas virtudes medicinales no le queda, hoy en día, al coral, más que un cierto valor para entrar en la composición de algunos dentífricos, y esto sólo por las propiedades físicas que tiene al quedar reducido a polvo.

Los antiguos creían que el coral era un curioso producto del mar, que en el seno de las aguas era blanducho y aun líquido, y que tan sólo en contacto con el aire adquiría su peculiar consistencia pétrea o marmórea, por lo que le suponían del reino mineral.

Algunos filósofos del pasado creían ver en el coral una extraña planta que crecía entre otras mil algas y musgos que tapizaban el fondo de los mares, al modo como la tierra está cubierta por la verde hierba. Tal era la delicadeza de la extraña planta que pronto comenzaba a languidecer y a marchitarse, sin que la muerte se hiciese esperar mucho. Falta de vida, sus hojas caían y el cadáver era arrastrado por la blanquísima espuma del oleaje, hasta las rocas próximas a la costa, en las que, en contacto con el aire, se endurecía y se pegaba firmemente a los peñascos, en los que producía la impresión de una piedra más.

Por esto los griegos conocían al coral con un nombre, que significaba "hija del mar" o "adorno del Océano", que dió lugar a la denominación latina *curalium*, que más tarde pasó a *corallium*, y de la que, por último, entre nosotros, nació la palabra coral, con la que le conocemos.

Esta idea perduró durante muchos siglos, y aun en el XVIII, Marsilli se muestra admirado de la belleza de las flores del coral, adornadas por ocho blanquísimos pétalos, que contrastan con el rojo carmín del resto de la planta.

Sólo en los tiempos modernos se ha demostrado la naturaleza animal del coral. Los naturalistas le incluyen hoy en el grupo de los pólipos y le consideran como una colonia de flores del mar, análogas a los manetes o a las madreporas.

La contemplación del coral rojo, en vivo, es una de las observaciones más interesantes que puede hacer el amante de la naturaleza viviente. Sus ramas rojas aparecen ramificadas, dibujando un diminuto arbolillo que se entrelaza con sus vecinos,

hasta constituir matojos submarinos de la más bella apariencia, en los que se entremezclan colonias de pólipos de otras muchas y variadas especies.

Sobre los troncos más finos, en los que la vitalidad es más intensa, destacan por su color blanco purísimo los pólipos, provistos, cada uno de ellos, de ocho tentáculos, en los que se descubre una forma de pequeña plumita viviente.

Estas flores animadas o pólipos del coral no se encuentran independientes unas de otras, sino que todas ellas descansan sobre una materia blanducha, de color rojizo, que reviste el eje duro, como la corteza del árbol envuelve al tronco. En esta parte blanda existen unas complicadas lagunas y cavidades, que forman una especie de intrincada red de angostas cañerías, las cuales, en la parte más profunda —en aquella que está ya en contacto con el eje mineral— se regularizan para dar lugar a una serie de tubos casi rectos, que dejan su huella perdurable en la materia dura, que aparece, antes de trabajada, recorrida por diminutos surcos, dispuestos paralelamente unos a otros.

La parte realmente aprovechable del coral, por la que se pesca y persigue con desmedida saña, es el eje calizo que sirve de sostén y apoyo a la corteza con los pólipos, que son únicamente sus partes vivas.

El color del eje calizo, aunque aparece constantemente rojo, presenta variaciones de tono y de matiz, algunas de las cuales, como las que tienen una suave tonalidad rosada, son muy buscadas por los pescadores.

Mucho ha intrigado cómo la actividad de los pólipos puede originar una materia caliza, tan compacta y tan homogénea, susceptible de someterse a tan diversas operaciones y al más perfecto pulimento sin que se disgregue y resquebraje.

En la corteza blanda, el microscopio descubre pequeñas piececitas, verdaderas joyas de coral de rara belleza, que tienen curiosas formas que recuerdan pequeñas crucesitas unidas unas a otras y con sus brazos cubiertos por diminutas espinitas de modo tal que el conjunto de cada espícula, como así las llaman los naturalistas, aparece elegantemente adornado.

En los extremos de las ramas, en las que está localizado el crecimiento, el número de estas espículas es considerable, pareciendo como si en aquellos parajes estuviese el lugar donde estas piececitas duras se forman.

La paciencia de los naturalistas ha descubierto que, poco a poco, la espícula se suelda y confunde hasta dar origen a una masa, primero no muy consistente, que a medida que el tiempo

transcurre se hace más compacta y homogénea, hasta llegar, por último, a formar el eje mineral. Es tan perfecta la construcción de los pólipos que no es posible descubrir, en el duro eje, ni aun con la ayuda del más perfecto microscopio, los diferentes elementos que le integran.

La pesca del coral se realiza con más o menos intensidad en todo el Mediterráneo, siendo los franceses y los italianos los que principalmente se dedican a ella desde tiempo inmemorial. No se limitan estos pescadores a recoger el coral en sus costas, sino que van en su busca hasta las de África.

Los españoles también se ocupan, aunque con menos intensidad, de esta pesca. En Cataluña, Valencia, Murcia y las Baleares están las localidades más importantes, por la abundancia de este preciado producto.

Se han utilizado diversos procedimientos para la pesca del coral: desde la recolección a mano, buceando en aquellos lugares en los que las matas coralígenas se encuentran a poca profundidad, hasta las escafandras y complicadas campanas de buzos, en las que podían maniobrar varias personas; pero lo general es usar diversos artefactos que, en términos generales, consisten en unos travesaños de madera, dispuestos casi siempre en cruz, que se sumergen, gracias a un gran peso, en los que existen redes, hierros de diferentes formas o estopa, cuya misión es engancharse en las ramas del coral, que son arrastrados desde las embarcaciones.

El coral, según se saca del agua, o sea el coral en bruto, tiene cierto valor, pero éste aumenta con la elaboración de que es objeto, en la que interviene la calidad del trabajo y el valor artístico. También influye en el valor del coral la coloración de éste, siendo muy apreciados aquellos ejemplares que tienen un delicado tinte rosado.

Los ejemplares de color rojo intenso son, en general, menos estimados.

Son innumerables los objetos que con el coral se fabrican: collares, pulseras, pendientes, colgantes de mil formas, camafeos y otras chucherías son productos que la industria del coral elabora de continuo. En la actualidad, esta industria ha decaído no poco por haber pasado la moda y el gusto por esta clase de adornos, que han sido sustituidos por otros que quizá no tengan la belleza de los de coral.

En Italia, el principal centro de esta industria es Nápoles, y los pueblecillos de sus alrededores, entre los que se destaca Torre del Greco. Esta industria está en estos puntos hermanada

con otra que tiene por base otro producto de mar: la de camafleos de concha, en la que los napolitanos son verdaderos maestros haciendo maravillas. En Francia, es Marsella donde el coral se trabaja con mayor perfección.

Otras especies y otros géneros se han confundido con el verdadero coral, o sea el *Corallium rubrum*, también llamado coral noble (*Corallium nobile*), o se ha pretendido remplazar a éste, sin que ninguno de ellos pueda competir, ni con mucho, con esta bellísima y delicada producción marina.

ENRIQUE RIOJA.

Curiosos pobladores del mar.

Espasa - Calpe. Madrid.

LA FLOR DEL AIRE

La flor del aire no tiene hogar limitado: nace sobre la roca escueta como sobre el árbol centenario, sobre la corona rubia del cardón gigante, lo mismo que entre los espinosos follajes de los talas, su región es el espacio, su alimento un soplo de savia y de frescura comunicado por las otras plantas, o por la ráfaja mensajera, porque ella no tiende a descender a la tierra, sino a levantarse, a desvanecerse como su perfume mismo en el éter sutil, porque es, antes que una flor, un rayo de luz modelado en la forma, en la forma de los lirios místicos, con tres pétalos de suavísimo y casi volátil tejido, con la blancura y el aroma de la virginidad seráfica, porque es el alma de la tierra, y encarnada en tal delicioso cuerpo, vive encima de ella, impregnándola de su aliento, que es gracia y amor. Pero no siempre se ostenta a la mirada y al tacto de la naturaleza, porque la brisa del otoño y el frío del invierno convertiríanla en gota de agua y en grano de nieve; por eso cuando ellos reinan sobre la comarca, se oculta dentro de sus verdes urnas, para reabrir los albos broches a los cariños de la Primavera y multiplicarse y brindarse a los hombres y a las aves, fecundada por misterioso connubio con la luz radiante y encendida del estío.

Si no fuese un alma y no tuviese vida extraterrena, no podría vivir más lozana y rica de su aroma cuando más arde la tierra bajo los candentes soles estivales. El fuego que caldea la atmósfera, apenas la obliga a replegarse en sí misma, para ocultar dentro del cofrecillo de sus hojas la esencia riquísima, para

conservarla y verterla luego sobre los valles, o enviarla hacia las eminencias de la montaña sobre el ala microscópica de las mariposas o de los viente-cillos errantes. La selva que borda los caminos se cubre con sus flores, reproducidas con pródiga profusión, y en las horas del desfallecimiento y de la fatiga, aspira el viajero con deleite inefable el perfume regenerador, difundido en el aire, como si hadas invisibles de las cimas estuviesen vaciando a escondidas todas las esencias que su reina guarda en las grutas encantadas. Y luego, cuando el largo crepúsculo montañoso empieza a dibujar sobre el cielo, con nubes de mil colores, sus paisajes prodigiosos, y la penumbra de las serranías cubre la planicie lejana, ¡con cuánta esplendidez y magnificencia abren las flores del aire sus cálices blancos! Diríase que un enjambre de vírgenes aladas aparecía sobre las selvas inmensas, desplegando toda la deslumbrante desnudez de sus cuerpos de nieve.

Tesoro infinito de fantasías y de sueños reserva aún para el amante de la montaña, cuando viene la noche, y las estrellas brotan sobre el fondo oscuro como lampos de fuego arrojados al azar desde el abismo. A su débil claridad, la flor del aire, erguida entonces arrogante y amorosa sobre su tallo, parece despedir reflejos luminosos, y encender la tenue vislumbre a cuya vista acuden con levísimo rumor, miríadas de seres animados, seducidos por la magia de su hermosura, y formando su ejército innumerable, esparcido por toda la comarca; y al amparo de la noche, vuelven de sus correrías y expediciones al llamado misterioso de la divina emperatriz, la cual, sentada sobre su trono de verde follaje, los espera sonriente y perfumada, vestida para la regia audiencia con intangible manto de luz. Observemos desde la piedra del torrente vecino, mientras la espuma salpica nuestras sienes, y el rumor de las pequeñas cascadas nos convida a la fantasía y al delirio, todo el aparato de aquella corte imperial, abierta al aire pleno bajo un dosel de estrellas y sobre tapiz de flores tributarias.

Rápidos, y comp apresurando el vuelo por la tardanza, empiezan a llegar los caballeros de la reina, vestidos de fuerte armadura, y coronados por dos focos de verde y radiosa luz, que alumbran su ruta por las tinieblas, a través de los zarzales y de las hendiduras graníticas. Son los generales de la inmensa multitud de luciérnagas de foco intermitente difundidas por los ámbitos del imperio, a conquistar en parajes distantes, con el beso de las flores de otras regiones, el néctar escondido entre sus senos virginales; al llegar al pie del solio, adelántanse los jefes, y van a posarse sobre uno de los pétalos de la flor del

aire, envolviéndola en sus luces siderales, cual una corona de astros, y liban un átomo de miel de sus labios, más frescos y más puros que la gota de rocío; y asentándose sobre las hojas del árbol que les sirve de alcázar, esperan la llegada de sus infinitos ejércitos, caballeros y damas, que vienen, los unos con ese grave *rum, rum, rum* de la flecha que va cortando el aire, montados los otros sobre corceles alados, —las ráfagas veloces,— y las últimas, bulliciosas y entonando en coros apenas perceptibles, cantos de alegría, reflejando a la incierta claridad de las estrellas el brillo de sus joyas, dones de la madre naturaleza, que las adorna con los encantos de esos mundos microscópicos despiertos sólo por la noche, y en las horas plácidas de la primavera y del estío.

JOAQUÍN V. GONZALEZ.

LOS PRIMEROS DIBUJANTES

Pudiera muy bien ser que los primeros dibujantes comenzaran por trazar los perfiles proyectados por las sombras sobre la superficie de las rocas. El doctor Julián Huxley informa que Meng, un joven gorila de la montaña, que se encontraba en el parque zoológico de Londres, trazó con el índice el perfil de su sombra sobre una de las paredes de su jaula. El hecho se produjo en febrero de 1939, cuando contaba aproximadamente un año y medio de edad. Repitió la hazaña tres veces, pero no se volvió a saber si lo hizo de nuevo a pesar de haber vivido otros dieciocho meses en el Jardín Zoológico de Londres.

Siempre deben haber llamado la atención del hombre las sombras producidas por el sol sobre la superficie de los acantilados. El afán de convertir la sombra en algo permanente y dotarla de "substancia" con fines "mágicos", puede muy bien haber sido el origen de las primeras pinturas. La leyenda griega cuenta que Butades de Sición, el primer modelador de arcilla, confeccionó una máscara guiándose por la silueta que su hija había delineado sobre la pared siguiendo el contorno de la sombra proyectada por la cabeza de su enamorado.

Aunque las cuevas con pinturas se hallan en diversas partes del mundo, las pinturas rupestres del suroeste de Europa sobrepasan a todas las demás por su esplendor y variedad. Abundan en el suroeste de Francia, en el norte y en el este de España y

en ciertas regiones del África. Las pinturas prehistóricas ocupan en África un área inmensa: desde el norte por el Sahara hasta Abisinia, Tanganika, Rhodesia y África del Sur.

Tenemos en la época auriñaciense perfiles trazados con los dedos embadurnados de barro, raspando la roca con un peder-nal, o bien dibujados con carbón. Apenas pondríamos en duda que estos dibujos —o algunos de ellos— fueron ejecutados siguiendo el mismo procedimiento empleado por el gorila Meng para delinear su sombra o por la hija de Butades para fijar la silueta de su amado sobre la pared. Estas "pinturas de sombras" deben considerarse, junto con las huellas estampadas por las manos, como uno de los primeros ensayos del hombre en materia de arte pictórico.

Conocemos no menos de 138 siluetas de manos trazadas en las paredes de una caverna en Gargas (cerca de Montréjeau, en el departamento de la Haute Garonne), en muchas de ellas falta un dedo o dos, es decir, que las manos que sirvieron de modelo habían sido mutiladas. La ablación de un dedo o de una falange es un rito sacrificatorio practicado corrientemente. Hasta la fecha, los bosquimanos se mutilan en esa forma y conocemos pinturas de manos mutiladas de procedencia australiana. Los indios de las praderas, en los Estados Unidos de Norteamérica, se cortaban una falange, exclamando al mismo tiempo: "vieja abuela Grandson, toma esto que te doy. ¡Págamelo bien!"

Conjuntamente con las siluetas de manos tenemos líneas ondulantes, puntos y raspaduras —muy parecidas estas últimas a las producidas por el zarpazo de las garras del oso. Estas líneas onduladas, y a veces paralelas, las hileras de puntos y espirales, estos signos que parecen ser simbólicos, persisten a través del período más glorioso del arte del paleolítico superior, y de hecho parecen ser un acompañamiento inevitable y quizá indispensable de la pintura realista zoomorfa y antropomorfa.

A. HOUGHTON BRODRICK.
"Breviarios" del Fondo de Cultura Económica.
México.

Traducción de Chita de la Calle.

LA PREDICCIÓN DE LA VUELTA DE UN COMETA

Hasta ahora he considerado las trayectorias de los cometas como si fuesen exactamente parabólicas; del cual supuesto seguiríase que, impelidos los cometas hacia el Sol por una fuerza centrípeta, caerían como de espacios infinitamente remotos, y con su caída cobrarían velocidad tal, que tornarían a huir a las partes más distantes del universo, moviéndose con tendencia perpetua, de modo que ya nunca más volverán al Sol.

Pero, como aparecen con bastante frecuencia y consta que algunos de ellos se mueven con movimiento hiperbólico, o sea, con movimiento más rápido de lo que puede adquirir el cometa por su gravedad hacia el Sol, es muy probable que más bien se muevan en órbitas elípticas muy excéntricas y vuelvan a aparecer tras largos períodos de tiempo. Pues de esta suerte, su número sería limitado y acaso no tan grande. Además, tan inmensa es la distancia entre el Sol y las estrellas fijas, que queda espacio bastante para la trayectoria de un cometa, por muy grande que fuere el período de su revolución.

Ahora bien, el *latus rectum* de una elipse es al *latus rectum* de una parábola que tenga igual distancia en su perihelio, como la distancia en el afelio de la elipse es a todo el eje de la misma elipse. Por consiguiente, en órbitas muy excéntricas, dicha razón se acerca mucho a una razón de igualdad; y la pequeñísima diferencia que existe, a causa de la velocidad mayor en la parábola, se compensa fácilmente al determinar la situación de la órbita.

Por ende, la aplicación principal de esta tabla de los elementos de los movimientos de los cometas y lo que en realidad me indujo a construirla es que, siempre que apareciere un cometa nuevo podremos averiguar, comparando entre sí los elementos, si se trata de uno de los que ya han aparecido otras veces, y, por lo tanto, determinar su período y el eje de su órbita, y predecir su vuelta.

Y a decir verdad, hay muchas cosas que me hacen creer que el cometa observado por Apiano el año 1531, fué el mismo que con más exactitud describieron Kepler y Longomontanus en el año 1667, y que yo mismo vi volver y observé el año 1682.

Todos los elementos concuerdan, y al parecer, nada está en pugna con esta opinión mía, fuera de la desigualdad de las revoluciones periódicas; la cual desigualdad no es tan grande que no pudiera explicarse por causas físicas. Porque el movimiento de

Saturno véase perturbado a tal punto por los demás planetas, sobre todo por Júpiter, que el tiempo periódico de dicho planeta es incierto para varios días seguidos. Por consiguiente, ¡cuánto más sometido a tales errores no estará un cometa, que se levanta a una altura casi cuatro veces mayor que la de Saturno, y cuya velocidad, por poquísimo que aumentase, bastaría para trocarle la órbita elíptica en parabólica!

Y me confirmo más aun en mi opinión de que se trata del mismo planeta al considerar que el año de 1456, en verano, se vió pasar un cometa con movimiento retrógrado entre la Tierra y el Sol, de modo muy parecido, y aunque nadie hizo observaciones sobre él, sin embargo, a causa de su período y de la dirección de su movimiento, no puedo creer que fuese distinto de los que he mencionado. Y al recorrer la historia de los cometas anteriores, hallo que, con un intervalo igual de tiempo, se vió un cometa por la Pascua de Resurrección del año de 1305, lo cual nos da otro período doble de 151 años antes que el antedicho.

Por eso me atrevo a predecir que volverá el año de 1758.

Y si éste volviere, no tendremos razón para dudar de que también puedan volver los demás. Tienen, pues, los astrónomos amplio campo en que ejercitarse por mucho tiempo, antes que lleguen a conocer el número de esos grandes y numerosos cuerpos que giran en derredor del Sol, centro común de todos ellos, a reducir a reglas ciertas los movimientos del mismo.

EDMUND HALLEY.
(1656-1742).

N. DE LA R. — Apareció este cometa, como Halley lo predijo, el 13 de abril de 1759 y en sucesivos períodos de 75 a 76 años; por última vez en mayo de 1910, aparición que produjo pánico por el falso temor de que la atmósfera fuese envenenada por los gases de la cola del cometa.

VUELO DE NOCHE

Habría podido luchar todavía, tentar su suerte: no hay fatalidad exterior. Pero hay una fatalidad interior: llega un minuto en el que uno se descubre vulnerable; entonces las faltas nos atraen como un vértigo.

Y es en este minuto que lucen sobre su cabeza, en un desgarrón de la tempestad, como un cebo mortal en el fondo de una nasa, algunas estrellas.

Juzgó bien que era una trampa: se ven tres estrellas en un agujero, asciende hacia ellas; después no puede descender más, se queda allí a morder las estrellas...

Pero su hambre de luz era tal que se remontó.

Se remontó salvando mejor los remolinos, gracias a las señales que ofrecían las estrellas. Su imán pálido lo atraía. Había penado tan largo tiempo en busca de una luz, que no habría ya dejado a la más confusa. Rico, por un fulgor de albergue, habría girado hasta la muerte, alrededor de ese signo, del que tenía hambre. Y he aquí que se remontaba hacia campos de luz.

Se elevaba poco a poco, en espiral, en el pozo que se había abierto, y se volvía a cerrar debajo de él. Y las nubes perdían, a medida que se remontaba, su lodo de sombra; pasaban contra él, como olas cada vez más puras y blancas. Fabián emergió.

Su sorpresa fué extrema: la claridad era tal que lo deslumbraba. Debíó, algunos segundos, cerrar los ojos. No habría creído jamás que las nubes, la noche, pudieran deslumbrar. Pero la luna llena y todas las constelaciones las transformaban en olas irradiantes.

El avión había ganado de un solo impulso, en el segundo mismo en que emergía, una calma que parecía extraordinaria. Ni una ola lo inclinaba. Como una barca que pasa el dique, entraba en las aguas tranquilas. Estaba preso en una parte de cielo, desconocida y oculta, como la bahía de las islas bienaventuradas. La tempestad, debajo, formaba otro mundo de tres mil metros de espesor, recorrido por ráfagas, por trombas de agua, por relámpagos, pero volvía hacia los astros una faz de cristal y de nieve.

Fabián pensaba haber ganado limbos extraños, pues todo se hacía luminoso: sus manos, sus vestidos, sus alas. Pues la luz no descendía de los astros, sino que se desprendía, debajo de él, alrededor de él, de esas provisiones blancas.

Esas nubes, debajo de él, devolvían toda la nieve que recibían de la luna. Las de la derecha y las de la izquierda también, altas como torres. Circulaba una leche de luz, en la que se bañaba el equipaje. Fabián, volviéndose, vió que el radiotelegrafista sonreía.

—¡Esto va mejor! —gritaba.

Pero la voz se perdía en el ruido del vuelo, sólo se comunicaban las sonrisas. "Yo estoy enteramente loco, pensaba Fabián, por sonreír: estamos perdidos".

No obstante, mil brazos oscuros lo habían abandonado. Se habían desatado sus lazos, como los de un prisionero al que se deja marchar solo, un tiempo, entre las flores.

"Demasiado bello", pensaba Fabián. Erraba entre estrellas acumuladas con la densidad de un tesoro, en un mundo donde ningún otro, absolutamente nadie más que él, Fabián, y su camarada, eran vivientes. Parecidos a esos ladrones de las ciudades fabulosas, amurallados en la cámara de los tesoros de la que no sabrían ya salir. Entre pedrerías heladas erraban, infinitamente ricos, pero condenados.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY.
Oeuvres, Bibliothèque de la Pléiade.

Traducción de Balbanera Raquel Enríquez.

LENGUAJE Y ESTILO

VOCES AMERICANAS

Para dar nombre a los infinitos objetos desconocidos que en el Nuevo Mundo encontraron los conquistadores, acudieron en primer lugar a términos castellanos, si percibían alguna semejanza, por remota que fuese, con lo que aquéllos significaban (v. gr., **piña**, **cirucla**, **nispero**, **madroño**), o bien formaron derivados que indicasen aquella semejanza o una cualidad característica (**gallinaza**, o, **granadilla**, **armadillo**). Poco a poco fueron aprendiendo los nombres indígenas, que con frecuencia han hecho olvidar los otros; así **canoa** reemplazó luego a **almadía**, **caimán** a **lagarto**, **papa** a **turma**. Como en la Española o Haití se fundaron los primeros establecimientos coloniales, y era esa isla el centro de donde partían las expediciones, los nombres allí dominantes se difundieron fuera, y muchos de ellos vinieron a ser parte de la lengua común. A medida que adelantaban los descubrimientos, se ofrecían objetos nuevos que eran designados de manera semejante, y esos nombres, según su importancia, o se generalizaban, o quedaban confinados en regiones limitadas. Para la primera capa de voces americanas debieron de dar también su contingente las demás islas y los lugares circunvecinos de la Tierra Firme; pero como

no quedan vocabularios antiguos de esas lenguas, no hay modo de comprobar el dicho de los escritores coetáneos cuando nos enseñan que tal o cual vocablo es de tal isla o de las islas en general.

Desde el primer viaje de Colón se conocieron en España voces del Nuevo Mundo, como canoa, que puede decirse la primogénita de ellas, pues que Nebrija le dió cabida en su diccionario castellano, que se imprimió en 1493; ajes, mencionado por Pedro Mártir de Anglería en carta escrita en Barcelona por setiembre del mismo año; Colón supo en Haití que al rey llamaban cacique (Casas, *Hist.*, I, p. 382); en la relación del segundo viaje hecha por el doctor Chanca se habla del ají; en la del tercero recuerda Colón que él llevó maíz a Castilla y que ya hay allí mucho (Navarrete, *Colección de los viajes*, I, p. 251). En el glosario que acompaña a las tres primeras décadas de Pedro Mártir de Anglería publicadas en Alcalá el año de 1516, se encuentran batata, bohío, cazabe, canoa, caribe, canibáles (sic), copei, guaczávava (sic), guanabá (sic), guanines, hibuero, hobos, iguana, iucca, maguei, maíz, mamei, manatí; voces que no pueden ser sino de las Antillas o de la Tierra Firme hasta entonces conocida.

RUFINO JOSÉ CUERVO.
Apuntaciones críticas.

LA DEFINICIÓN, EL SIGNIFICADO Y LA ACEPCIÓN

Las palabras en sí mismas no son ideas; y cuando se trata de definir las, de establecer su significado, resulta desacertado saltar de la palabra a la idea para explicar aquélla por ésta, es decir, para ahogar en la amplitud de la idea la restricción de la palabra. La idea no puede definir la palabra porque lo complejo no puede precisar lo simple. La palabra sólo puede explicarse por la diferencia de su característica ideológica en relación con otras características de la idea representada; la faceta no se define por el diamante sino por su forma y situación en el diamante. El valor ideológico de la palabra es relativo, y esta relatividad hace que la determinación de los significados deba subordinarse a una clasificación lógica de las palabras, fundada en el carácter de las ideas representadas; porque de la situación propia de la pa-

labra en tal cuadro resultará su significación como componente parcial de la totalidad de la idea. Así se explica, dicho sea de paso, que la definición de una palabra requiera una serie de otras palabras, representativas de las situaciones que en el cuadro de clasificación rodean al componente analizado.

Lógicamente consideradas, las palabras son susceptibles de dos clasificaciones: la gramatical, por funciones oracionales, y la lexicográfica, por la característica de los significados; en cuanto a la clasificación de los significados mismos, ésa no es ya de palabras sino de ideas. Ahora bien: no existe un cuadro de clasificación lexicográfica de las palabras; lo único que existe es la base para fundarlo y el método para desarrollarlo. La base es la división en conceptos universales, generales y particulares; el método es la subdivisión según los categoremas de género y especie; paso por alto la inarmónica serie de divisiones, sin principio fundamental ni coordinante, que ofrecen los tratados de Lógica al clasificar los términos. La Escolástica resolvió a su modo este problema de las clasificaciones lógicas cuando, en las postrimerías de su reinado, preparó los primeros textos analíticos de las lenguas modernas: se abrazó a las categorías ideológicas de Aristóteles para explicar las funciones en la Gramática, y recurrió a lo que llamaba "ideas universales" para exponer las significaciones en el Diccionario. De ahí la uniformidad ortodoxa de todas las gramáticas en materia de estructura; de ahí también la uniformidad ortodoxa del método de la definición en todos los diccionarios, donde los conceptos universales de sustancia y materia, modo y atributo, propiedad y cualidad, virtud y facultad, acción y efecto, y otros, aplicados no a las especies inmediatas sino a todas, hasta a las más remotas, suplen la falta de una escala de categorías intermedias entre los géneros sumos y las especies ínfimas, escala destinada a establecer la particular comprensión específica e individual que da su valor ideológico a la palabra. Es obvio que esta definición de las palabras por géneros supremos extensísimos, y casi sin compresión, nos deja a oscuras sobre el valor ideológico particular del término. Agréguese a esta deficiencia orgánica de los diccionarios el pueril recurso tautológico de explicar una palabra por su congénere, y éste por otro hasta cerrar el círculo, lo que también nos deja a oscuras sobre el significado de tales palabras, y se verá cuán burdo esfuerzo representa la obra del Diccionario actual en el campo de la investigación científica.

De esta situación desairada no saldrá la Lexicografía sino cuando el lexicógrafo renuncie a distribuir las palabras a millares entre unas cuantas categorías representativas de conceptos universales, y funde sus definiciones en una clasificación lógica de las palabras, desarrollada gradualmente desde los géneros sumos hasta las especies ínfimas, mediante una muy larga serie de categorías intermedias que constituyan los géneros próximos. Y cuando renuncie también al ineficaz recurso de la descripción empírica, como substituto cómodo de la definición científica. La descripción no debe aplicarse sino a las palabras que no son susceptibles de definición; esto es, a las que representan los géneros que por supremos no pueden ser especies, y las especies que por ínfimas no pueden ser géneros.

Así como las cosas superan incomparablemente en número a las ideas, así también las ideas, a su vez superan incomparablemente en número a las palabras, y de ahí el necesario carácter polisémico de éstas. Una misma palabra, siempre con el mismo significado, se traslada de un campo mental a otro, ya sea para aplicarse a representar lo abstracto por medio de lo concreto, o lo concreto en un orden por medio de lo concreto en otro; y estas diversas funciones, a las que llamamos "acepciones", constituyen la polisemia del término. Por ejemplo: "agudo", en el campo concreto, *in re*, es lo que acaba en punta, y como lo que acaba en punta penetra, decimos "agudo", en el campo abstracto, *in mente*, para significar "penetrante", como en **dolor agudo**, **ingenio agudo**; y "cálculo", que es "piedra" en el orden material, en el intelectual es "cuenta", porque en lo antiguo se contaba con piedras. Otra especie de traslación se produce cuando atribuimos a un sentido la determinación de una cualidad cuyo reconocimiento es función de otro, diciendo, por ejemplo, **color chillón**, como si el oído calificara la visión, o **voz áspera**, como si el tacto apreciara la audición. En todos estos casos la palabra trasladada es la misma; en otros se ha modificado, como el *ordiri* latino, tecnicismo del tejedor, que por una parte ha dado **ordenar** y por la otra **urdir**; pero aquí ya no hay acepciones sino palabras distintas, como en el caso de la homonimia, esto es, cuando una misma palabra, misma en cuanto a forma, llega a significar, y éste es el caso de **hombre**, cosas tan distintas como el ser humano y un juego de naipes.

Ahora bien: para establecer lo que es acepción hay que empezar por distinguir el significado de la acepción. Cuando

decimos: **un libro de muchas hojas**, la idea de "hojas" es precisa porque referimos la hoja al libro; pero cuando decimos: **nuevo la hoja**, la palabra "hoja" sugiere una idea imprecisa, porque puede significar la hoja de un libro, o de una planta, o de un cuchillo, o de una puerta. ¿Cuál es, pues, la idea esencial de "hoja", idea imprecisa porque es esencial, que hace a esta palabra capaz de representar igualmente una parte de cosas tan distintas como el libro, la planta, el cuchillo y la puerta? Esta idea esencial es la de "lámina movable", idea genérica que explica las diferentes aplicaciones específicas de la palabra y que constituye por eso el significado general de ella.

Pero significado general no quiere decir significación primitiva; esto último indica origen, y lo otro es valor. Sea cual fuere la significación primitiva de una palabra, el lenguaje da a esta palabra diferentes aplicaciones analógicas, y de tal uso resulta su significado general, es decir, su valor ideológico, que casi siempre coincide con el etimológico. Es indudable que "hoja" surgió como denominación de una parte de la planta; es indudable también que no se dió tal nombre a esa parte porque fuera una lámina movable; pero no menos indudable es que, al desarrollarse la lengua, fué extendiéndose el uso de esa palabra, a la que se consideraba adecuada para representar, por analogía, láminas movibles de otra naturaleza.

El significado es uno solo y esencial; la acepción es múltiple y accidental. El **sentido recto** (o primitivo o literal o propio) y el **sentido lato** (o extensivo) subdividido en el **sentido traslaticio** de la analogía y en el **sentido figurado** de la metáfora, constituyen las diferentes acepciones que pueden tener las palabras; y entre ellas la primera, la del sentido recto, es siempre la que tiene en su uso corriente la palabra. Pero el empirismo escolástico, que constituye la médula hereditaria de los lexicógrafos, hace que éstos consideren acepciones a las aplicaciones de cada acepción en diferentes órdenes, y también que llamen acepciones a las funciones gramaticales de la palabra y a la localización del uso de ella en el tiempo y en el espacio; véase el mal ejemplo que da al respecto el Diccionario de la Academia Española en la página XXII de su última edición. El Diccionario actual, dicho sea de paso, es una maraña de clasificaciones tan inextricable como lo es la Gramática, a causa de que ambas obras son hijas del mismo empirismo escolástico desordenado. También suelen confundir los lexicógrafos la connotación con la significación y la acepción,

y no estará aquí fuera de lugar decir que **connotación** es la significación compleja de la palabra que expresa a la vez el atributo y el sujeto, el primero directa y el segundo indirectamente, así como **denotación** es la significación simple de la palabra que nombra una cosa: la denotación de "blanco" es una gradación determinada en la escala de los colores y la connotación de "blanco" es la cosa que tiene tal color. Hecha esta eliminación previa de los factores ajenos al problema, estamos ya en condiciones de ver claramente lo que es **acepción** y lo que no lo es.

Acepción no es ni la aplicación ni el significado de la palabra, ni su función gramatical ni su uso en el tiempo o en el espacio; **acepción** es simplemente el sentido recto o lato en que se emplea la palabra. Pero el referido formalismo atávico lleva a los diccionaristas a distinguir las palabras entre sí por su forma solamente, no por su significado; y de ahí que acumulen en un mismo artículo significaciones distintas y acepciones repetidas. Es obvio que, si el Diccionario se propone establecer significados, los significados es lo que debe exponer primordialmente, subordinando a ellos las palabras; y la observancia de este principio lleva naturalmente a considerar palabras distintas, las que tienen distintos significados, aunque se escriban de igual manera, y aunque en la lengua primitiva se resuelvan en una sola. Está bien que la Gramática no considere como palabras diferentes cada oficio gramatical de una misma forma, porque el oficio gramatical es accidente; pero la significación es substancia, y así como los sinónimos se unen ideológicamente a pesar de su estructura distinta, así se divide ideológicamente una misma palabra en palabras distintas cuando esta forma tiene significados diferentes. La forma **flor**, por ejemplo, se divide en dos palabras porque tiene dos significados diferentes.

Veamos esto en detalle. La palabra **flor** es una misma en los tres sentidos: recto, traslaticio y figurado, cuando en ellos conserva su significado general de **brote**. En el sentido recto, **flor** es el brote de la planta diferenciado del **vástago**, de la **hoja** y del **fruto**; y como la **flor** es un conjunto de formas delicadas, aromas gratos y colores suaves, la consideramos como un adorno de la naturaleza, como la más preciada manifestación sintética de la vida orgánica, y por eso la damos y la recibimos como un don. De ahí la acepción figurada: la **flor** de la virginidad, la **flor** de la sociedad, las **flores**, o epítetos lisonjeros, que brotan de nuestros labios para la mujer atra-

yente; y es **flor** también la afortunada combinación de puntos valiosos que surge fortuitamente en los juegos de azar. Luego, por analogía, llamamos **flor** a todo brote sutil y efímero de partículas que se desprenden de los cuerpos y se fijan en la superficie de ellos; y de ahí la acepción traslaticia que aplica la palabra al polvillo de la fruta en el árbol, a la película flotante en las fermentaciones alcohólicas y a las irisaciones del metal candente repentinamente enfriado. Y otra palabra distinta es **flor** cuando significa **superficie**, es decir, la extensión limitativa de un cuerpo, significado que tiene esta palabra cuando denomina el lado superior de la piel adobada y cuando se usa en las locuciones de tipo "a **flor** de agua". Reducir a uno solo estos dos significados, porque el **brote** se produce en la **superficie**, sería una sutileza.

De este análisis resulta evidente que la significación, la acepción y la aplicación son inconfundibles: **significación** es el valor ideológico, **acepción** es el sentido recto o lato, y **aplicación** es el uso de la palabra en las acepciones que tenga. Acepción no es, pues, la aplicación sino la razón de ser de ella, es decir, la extensión a varios órdenes del significado de la palabra. Por consiguiente, si el Diccionario tiene por objeto explicar el valor ideológico de las palabras, catalogar las aplicaciones de ellas es empresa ajena a tal objeto, y sobre todo irrealizable a causa de la vastedad de tales usos. Bréal cita en su *Essai de sémantique* un diccionario francés-alemán en el cual, para facilitar las referencias, el caudal verbal de la lengua aparece dividido en no menos de 234 lenguajes especiales de las ciencias, de las artes, de los oficios y de las profesiones; y como estas cuatro ramas no son más que una parte del árbol frondoso que desarrolla, en cuanto a géneros de ocupaciones, la actividad material y mental del hombre, salta a la vista que los usos especiales de las palabras se multiplican hasta hacerse innumerables. Se explica así la conveniencia de presentar los tecnicismos en vocabularios especiales, lo que coincide con la conveniencia de que el Diccionario de la lengua sea sólo un registro de palabras comunes, de significaciones generales y de acepciones corrientes.

La obra del Diccionario, aun así reducida, está preñada de dificultades. Calcúlese cuán frustráneo será el esfuerzo cuando se acopla a esa empresa ya ardua la improba tarea de definir los tecnicismos.

Toda palabra empleada en lenguaje especial es un sinónimo: o se trata de un término técnico, como **ulótrico**, que no dice

nada más que *crespo* en antropología, o se trata de la significación específica de una palabra común, como *ofrecer* en el lenguaje religioso. Sinónimos son los términos que se diferencian entre sí por su comprensión no ya de primer grado, como las especies de un género, sino de segundo grado, como se diferencian entre sí los individuos de una especie; y el vocabulario técnico está formado por palabras que tienen esta comprensión de segundo grado, la cual restringe considerablemente la extensión de sus aplicaciones hasta reducirla a un solo orden. La definición de un sinónimo implica, pues, a causa de la amplitud comprensiva del término, no sólo la enunciación de la característica de la idea, sino también la enunciación de la diferencia en la característica. *Blanco y negro* son colores y el primero es difundente y el segundo es absorbente; pero, para el músico, *una blanca* y *una negra*, sin dejar de ser colores, son sobre todo valores, y para el antropólogo son tipos, y para el tipógrafo son caracteres, etcétera. Aparte de que cada cual asigna a las palabras el significado especial (la aplicación especial del significado, mejor dicho) que le interesa, cada individuo ve el mundo con ojos propios, y así sucede que la palabra *ave*, por ejemplo, sugiere al cocinero una característica limitadísima, circunscripta a la cacerola, mientras que al naturalista le presenta otra muy amplia, la de una de las grandes divisiones del reino animal. Así como la humanidad no es cuerpo simple sino colectivo, así es el lenguaje, una suma de expresiones individuales que en vano intentamos unificar. De ahí los diferentes lenguajes en que se descompone toda lengua; de ahí las distintas lenguas. Suele explicarse la diversidad de lenguas por la diversidad de concepciones del mundo entre los hombres; observando más profundamente se ve que esta diversidad de concepciones está ya en cada lengua, en la infinita variedad de aplicaciones del significado a que están sujetas las palabras para amoldarse al pensamiento de cada uno de los que las usan.

No es posible, ni hace falta, el inventario total de las formas de una lengua; ni el de las combinaciones gramaticales ni el de las aplicaciones léxicas. Lo mismo que la Gramática, el Diccionario debe limitarse a establecer los modos de expresión, sin entrar en la enumeración incompleta e inútil de sus aplicaciones; el significado primario ante todo, y el secundario en las acepciones extensivas, debe ser su único objeto, y con eso el lexicógrafo tiene ya un cúmulo de problemas que resolver. A esta tarea debe aplicar todas sus luces, renunciando,

como he dicho ya, al recurso de ahogar la definición de la palabra en la amplitud de la idea, y de disimular la falta de análisis de las acepciones bajo un acervo de aplicaciones del vocablo en diversos órdenes.

ARTURO COSTA ALVAREZ.

VALOR ESTILÍSTICO DEL EPÍTETO

El valor estilístico de un texto es diferente según se usen o no se usen epítetos. El no usar epítetos traduce, en principio, una voluntad puramente significativa, y no expresiva, por parte del hablante, y tiene en el oyente un efecto de mayor objetividad: *por ti me agradaba el silencio de la selva*, es una enunciación más objetiva que *por ti me agradaba el silencio de la selva umbrosa*. Desde el punto de vista expresivo el primer enunciado, en el que claro está que implícitamente late el epíteto de propiedad *umbrosa* (que es, pues, un epíteto ornamental, fijo, ocioso, como estimaría la retórica antigua), es más pobre que el segundo, donde el epíteto está presente. Sin embargo, no siempre se puede fallar así ni creer que el epíteto incrementa invariablemente el valor expresivo del enunciado. En el caso de los epítetos accidentales, descriptivos, sí, es siempre así; pero en el caso de los epítetos propios o permanentes, a menudo la mayor expresividad se consigue con el puro enunciado del sustantivo, sin mención de las cualidades consabidas. De la multiplicación de "valencias afectivas" que el sustantivo tiene que verificar cuando va "aislado, desnudo" ha hablado acertadamente Dámaso Alonso (*Poesía Española, Ensayo de métodos y límites estilísticos*, pág. 373), a propósito del Cántico espiritual de San Juan de la Cruz. Y en este sentido podría reprocharse al epíteto su intrusismo, su ociosidad, su mera justificación ornamental. Pero tengamos en cuenta que ello depende muchas veces del carácter total del texto en que se hallan, de la profusión o escasez general en todo un contexto. De por sí, virtualmente, *selva umbrosa* es más expresivo que *selva*, aunque toda *selva* sea *umbrosa*, si es *selva*.

De todos los valores que el epíteto estilísticamente puede comportar no vamos a dar aquí cuenta exhaustiva. Ya hemos señalado que el epíteto propio es siempre un recurso —su-

perfluo, en el buen sentido— de actualizar imaginativamente una cualidad consabida, poniéndola así de relieve. El epíteto accidental sirve, en cambio, al cumplimiento y plenitud expresivas de una descripción, denotando, al par que la cualidad accidental del objeto, la interpretación subjetiva que al hablante le merece el objeto.

Desde el punto de vista de la relación entre epíteto y sustantivo, el epíteto, aunque siempre es expresivo, puede serlo en mayor o menor grado. Un epíteto que enuncia pura y llanamente la cualidad, como blancas, en manos blancas, es menos expresivo que otro que denota la cualidad implicando una comparación, una metáfora, una traslación cualquiera de sentido, por ej.: núbilas, en manos núbilas. Puede hablarse, pues, de un epíteto común y un epíteto metafórico. En este último siempre hay una alusión a otro objeto que el representado por el sustantivo y en dicha alusión cabe una hipérbole, una metáfora, una comparación, en suma, una traslación propia del lenguaje figurado.

En relación con este epíteto metafórico, podríamos distinguir entre epíteto descriptivo y epíteto sugestivo, siguiendo en esto al citado F. Paulhan (*La double fonction du langage*, París, 1920), quien a propósito del epíteto sugestivo *indéterminée* en la frase de Chateaubriand *la cime indéterminée des forêts* precisa así su diferencia respecto del epíteto que se limita a describir puramente: "L'épithète suggestive, agit un peu comme de la méthaphore. Comme celle-ci, elle éveille des idées quelque peu disparates, elle produit une sorte de surprise féconde. Elle se distingue assez nettement de l'épithète simplement descriptive, qui, pourtant n'est pas toujours privée de pouvoir suggestif".

Teniendo en cuenta el significado del epíteto mismo puede trazarse también una diferencia entre aquellos que, derivan o no derivan de verbos, significan una cualidad relacionada con la actividad del ser nombrado por el sustantivo, y aquellos que no denotan idea de actividad. Puede hablarse de epítetos dinámicos en el primer caso y epítetos estáticos, en el segundo caso. El inquieto viento, el viento raudo comportan epítetos dinámicos. El viento frío, el viento puro son epítetos estáticos. Del predominio de unos o de otros en la obra de un poeta pueden también sacarse útiles consecuencias sobre su estilo.

Aun reconociendo que todo epíteto por ser expresivo y no meramente significativo, implica siempre subjetividad, toma

de posesión imaginativa o afectiva por parte del que lo enuncia, podemos distinguir, entre los epítetos, unos que enuncian cualidades objetivas, que están realmente en el ser, propia o accidentalmente, pero están en él (epítetos objetivos), y otros que enuncian cualidades que no sólo están en el ser propia o accidentalmente, sino sobre todo en la imagen representativa que el sujeto se ha formado de ese ser (epítetos subjetivos). Así son epítetos subjetivos aquellos que citábamos más arriba de Espronceda: ¿Quién eres tú, lucero misterioso, / tímido y triste entre luceros mil?

Una última consideración hemos de hacer acerca del epíteto y la tradición.

Las cualidades de un ser pueden ser pocas, muchas o muchísimas, pero nunca son inagotables, como tampoco es inagotable el repertorio de epítetos con que la lengua cuenta para denominar aquellas cualidades. Ello significa que para cada sustantivo se podría formar una lista de aquellos epítetos que le son aplicables, propia y accidentalmente. Es lo que, de manera más o menos completa, se proponen todos los epítetarios o diccionarios de epítetos.

Naturalmente un hablante desprovisto de intenciones estéticas, desprovisto también de pretensiones de originalidad, suele, en caso de aplicar un epíteto a un sustantivo, aplicarle aquel o aquellos que son más evidentes a primera vista. Tanto el epíteto propio como el accidental surgen en la infinita mayoría de los casos por esta espontánea asociación de ideas de la cualidad esencial de un ser con el ser mismo o de su cualidad accidental en el momento de ser considerado por el que habla o en el momento al que el hablante se refiere. Lo mismo ocurre cuando el que enuncia es un escritor y, o bien no tiene pretensión de originalidad, o bien tiene una imaginación y una sensibilidad que no le permiten imaginar ni sentir sino las cualidades más relevantes de las cosas. Así se produce el hecho de que en la tradición, tanto oral como escrita, se repitan con inmensa frecuencia los mismos epítetos: descansé sobre la verde hierba, era una clara noche de verano, al suave soplo de la brisa, días grises y lluviosos, o: la selva umbrosa, la amena floresta, la noche oscura, etc., etc.

Epítetos de esta clase poco dejan entrever de la personalidad del hablante o del poeta, a no ser su fiel obediencia a la tradición oral o a la tradición literaria. Pero no siempre ocurre así. Una imaginación especialmente dotada para percibir algo más que lo evidente, una sensibilidad especialmente

dotada para apreciar algo más que lo primariamente determinador de reacciones, una capacidad idiomática especialmente rica para denominar las cualidades con palabras menos repetidas que las usuales llevan al escritor a renovar el repertorio tradicional de los epítetos: la hierba puede ser ahora aterciopelada, la noche diáfana, el soplo de la brisa delicado, los días cenicientos y húmedos, la selva mediatibunda, la florista sedante, la noche embozada, etc., etc. Cuando esta tendencia a excogitar el epíteto con nueva sensibilidad y nueva fantasía extrema, puede resultar ese producto de la poesía moderna que es el epíteto raro, destructor de clichés previos, pujante renovador de la poesía en su sentido más creador.

Pero lo que nos interesa subrayar aquí, finalmente, es el valor del epíteto como revelador de estilos personales y de estilos de época. No sólo un poeta usa con preferencia determinados epítetos, sean éstos usuales o raros; también las épocas, en cuanto forman etapas de producción literaria que responden con unidad a un estilo vigente, revelan claras preferencias por determinados modos de epítesis, por determinada manera de connotar imaginativa y afectivamente las cualidades de los seres. En esta comprobación empeñamos el análisis de los epítetos en la poesía lírica española, análisis que forma la parte segunda y última de este trabajo.

De pauta general y de punto de partida observador nos sirven estos juicios de Dámaso Alonso (*Poesía española*): "...el epíteto tiende a repetirse, y a perder, por tanto, el especial valor matizador que primariamente tenía, convirtiéndose en forma estereotipada. Tales fórmulas llegan a ser sólo índice de una tradición de escuela; señalan en especial la tradición renacentista, reciben un nuevo impulso en el neoclasicismo del siglo XVIII. El romanticismo procurará romper —hasta cierto punto— esta cadena".

GÓNZALO SOBEJANO.

El epíteto en la lírica española.

LOS DIMINUTIVOS DEL NUEVO DICCIONARIO

1. — A pesar de que corresponde a la Gramática la solución de los problemas concernientes a los diminutivos, es interesante saber qué novedades contiene, sobre dichos derivados, la nueva edición del "Diccionario de la Lengua Española", en cuyo texto se enumeran las reglas para la formación de los vocablos en "ico", "illo", "ito", y figuran, a más de los diminutivos de esas terminaciones, registrados para indicar alguna acepción especial, los irregulares y los que, llevando otros posfijos, tienen el visto bueno de la Academia.

2. — Comencemos por decir que la 18ª edición reproduce los preceptos enumerados en la anterior, la cual transcribió, a su vez, en lo que se refiere a los sufijos "ico", "illo", "ito", las normas indicadas en la Gramática.

3. — Al dar esas reglas, el D. (pág. 1.367), señala algunas excepciones, pero no están incluidos todos los diminutivos de construcción irregular que el propio vocabulario oficial acoge en su texto. He aquí algunos:

agrilla		de agria		en lugar de	agrieilla
campecico		" campo		" "	campico
campecillo		" campo		" "	campillo
campecito		" campo		" "	campito
cielito		" cielo		" "	cielecito
frailillos		" fraile		" "	frailecillo
huesillo		" hueso		" "	huesecillo
landrilla		" landre		" "	landrecilla
madroncillo		" madroño		" "	madroñillo
mamaíta		" mamá		" "	mamita
Marica		" María		" "	Mariica
Marrilla		" Maura		" "	Maurilla
mesillo		" mes		" "	mesecillo
nariguilla		" nariz		" "	narizilla
papaíto		" papá		" "	papito
patinillo		" patio		" "	patiecillo
Perico		" Pedro		" "	Pedrico
saucillo		" sauce		" "	saucecillo
seisillo		" seis		" "	seisecillo
señorito		" señor		" "	señorcito
tresillo		" tres		" "	tresecillo
versecillo		" verso		" "	versillo

4. — Siguen ausentes del texto del Diccionario las excepciones que éste indica al enumerar las reglas y que, por ser formaciones irregulares, no pueden omitirse. Sólo se ha incluido a "manecilla". Faltan: "ruincillo", "rubita", "agüita", "pascuita", "pradecito", "llanecillo", "altarillo", "pilarillo", "jardinillo", "jazminillo" y "sartenilla", amén de los originados por nombres monosilábicos de personas ("Blasillo", "Juanito", etc.), cuya exclusión se justifica por tratarse de sustantivos propios.

5. — La disposición por virtud de la cual se omiten los derivados regulares en "ico", "illo", "ito", carentes de acepción especial, se cumple casi invariablemente. Es posible que únicamente se hayan filtrado las voces: "nerviecillo", "nietecito" y "patiecillo". Cabría agregar a "romancillo", pues la acepción que da el vocabulario —romance corto— es la que fluye del vocablo y no implica, por lo tanto, un significado que reclame asiento especial. Pero lo más importante acerca de ese tópico no es lo vinculado a tales redundancias —tan raras como leves— sino al criterio con que parece haberse clasificado a los diminutivos en regulares e irregulares, a fin de darles cabida o de excluirlos. El registro de vocablos del tipo de "albondigilla", "casaquilla", "cieguecico", "fueguecillo", etc., da a entender que se les considera irregulares, a pesar de que su única anormalidad es la impuesta por las leyes ortográficas para que conserven el sonido de los términos originarios y no tengan el de "albondigilla", "casacilla", etc.

De los verbos, dice la Gramática que "la identidad de letras radicales y desinencias que se establece para distinguir los verbos regulares de los irregulares no se destruye con las leves mutaciones a que obliga, a veces, la ortografía". Y agrega: "Los verbos acabados en "car", "cer" y "cir" y en "gar", "ger", "gir" no dejan de ser regulares porque algunas personas de los tres primeros muden la "c" en "qu" o en "z", y algunos de los últimos admitan "u" después de la "g", o cambien ésta en "j"...". Entendemos que los diminutivos deben ser clasificados con el mismo criterio. Por lo tanto, no tienen por qué figurar en el Diccionario los que sufren modificaciones de esa naturaleza, salvo que alguna acepción especial obligue a registrarlos. La irregularidad no es la que se ve —dijo Benot— sino la que se oye.

6. — La Gramática y el vocabulario académico siguen en desacuerdo, especialmente en lo relativo a la calificación diminutiva de diversas voces. "Carretón", "torrejón", "perdi-

gón", "islote", "camarote", "faldellín", "riachuelo", "cigoñino", "palomino", "ansarino", "anadino", "cebollino", "colino", "lechuguino", etc., son ejemplos de la Gramática, repetidos por muchos textos y profesores de castellano, que el lexicon oficial no confirma con la abreviatura "d" o "D" distintiva de tales derivados. Se trata de palabras de forma o de significación diminutiva, pero que, rigurosa y gramaticalmente hablando, no se admiten como diminutivos. Agreguemos, para mayor información, que el Diccionario no contiene ningún diminutivo en "on" ni en "ote".

7. — En esta 18ª edición figuran poco más de 1.500 diminutivos, a los cuales hay que agregar elevado número de los derivados regulares en "ico", "illo", "ito" que no se registran. Han sido eliminados: "almita", "arbolito", "caracoleta", "escañuelo", "glorieta", "mantilla", "rencilla", "tablita", "tozuelo" y, posiblemente, algún otro. Ello no importa decir que queda prohibido el empleo de "arbolito", por ej., borrado seguramente porque, fuera de su acepción diminutiva, no tiene otra que justifique su inclusión. Es lo que no ocurre con "rencilla", extrañísimo e inadmisibles diminutivos de "riña". Entre los nuevos figuran: "catrecillo", "chichito", "fajilla", "infantejo", "jarrita", "mañanica", "nuececilla", "pañolito", "pedrecilla", "polvillo", "padrezuelo" y "ramalillo".

8. — En lo que respecta al número de diminutivos que tienen cabida en el Diccionario, el aumento nos ha sorprendido, pues el hecho de haberse eliminado del Diccionario Manual a cerca de 700 de los 1.500 que, aproximadamente, figuraban en la 17ª edición, nos hizo suponer que se estaba en vías de efectuar una poda rigurosa, excluyendo no sólo a los derivados que sin mayor razón registraba el diccionario grande, sino también a los que, en realidad, han dejado de serlo porque denotan actualmente algo muy distinto de lo que significaron en su origen. Pero —repetimos— el nuevo texto no confirma tal suposición.

9. — Anotemos algunas de las enmiendas descubiertas: "caneisito", que importaba un error ortográfico, es ahora "caneicito"; "düeto" se escribe "dueto"; "piquete" es diminutivo de "pico", no ya de "pica"; "patinillo", que en el Suplemento figura como derivado de "patio", está inscripto como diminutivo de "patín", el cual lo es, a su turno, de "patio".

10. — Hay hechos contradictorios o curiosos dignos de ser señalados: "lejitos" es diminutivo de "lejos", pero "cerquita" no lo es de "cerca"; "grillete" sigue siendo diminutivo de

"grillos"; "parihuela", de "par"; el cacofónico "velludillo", de "velludo", y se prestan a confusión "pastilla", de pasta; "patilla", de "pata"; "serpentín", de "serpiente"; "sombrija", de "sombra"; "peseta", de "peso"... Esto de la "peseta" configuró en determinado momento un absurdo. Cuando la peseta llegó a valer más que el peso argentino, fué más difícil que nunca convencer a los criollos de que aquélla era diminutivo de éste. En tales circunstancias es aconsejable optar por "pesillo".

11.— He aquí una estadística interesante. El Diccionario contiene, según nuestra cuenta:

623	diminutivos en "illo"
323	" " "uelo"
241	" " "ete"
109	" " "ejo"
96	" " "ito"
57	" " "ín"
40	" " "ico"
5	" " "ino"
4	" " "ijo"
3	" " "iño"
3	" " "eto"
2	" " "uca"
2	" " "ezno"
1	diminutivo "ula" (?)
1	" " "elo"
1	" " "ícula" (?)
1	" " "ajo"

Como se ve, pese a lo que afirma la Gramática y repiten casi todos los textos, no hay derivado alguno que lleve los posfijos o incrementos "olo", "on", "ote", "acuajo", "arajo", "istrajó". El único derivado en "ajo" que hemos visto es "dornajo".

Los textos deben agregar los afijos "ula" (?), "ícula" (?), "ezno" y "uca" o eliminar de la nómina de los diminutivos a "árula", "navícula", "perrezno" (y "rufezno", si es que debemos considerarlo diminutivo por ser sinónimo de "rufiancete"), "casuca" y "miseriuca". "Árula" y "navícula" se parecen a las voces de origen latino que al castellanizarse se convirtieron en positivas.

Es inadmisibles que se siga hablando de posfijos que no tienen en el vocabulario oficial representante alguno, y que se

omitan otros que se hallan en el caso opuesto. Urge introducir las modificaciones necesarias para que la Gramática y el Diccionario, que proceden de la misma academia, no estén en desacuerdo.

12.— Y, para terminar, formulemos la pregunta que más de un lector ya se habrá planteado: ¿Está prohibido el empleo de los diminutivos en "uelo", "ete", "ejo", etc. (excluidas las terminaciones "ico", "illo", "ito") que no están anotados en el vocabulario oficial? El dicho "no son todos los que están ni están todos los que son" es lo que se nos ocurre de primera intención a modo de respuesta. Sí; no están en el Diccionario todos los diminutivos que son admisibles si están bien formados, se aplican bien y llenan una necesidad. El secretario perpetuo de la Academia, don Julio Casares, no aclaró expresamente el punto en su trabajo "La Real Academia Española vista por dentro", pero su opinión está implícita en el subtítulo: "Derivados y compuestos sin registrar en el léxico, pero cuya formación no puede objetarse (adverbios terminados en "mente", superlativos, diminutivos y aumentativos, etc.)". Y dijo, años después, refiriéndose al uso de prefijos: "No se puede exigir del Diccionario que se adelante a sancionar las incontables fórmulas previsibles que, además, ocuparían un espacio digno de mejor empleo; pero no hay que olvidar que muchas personas —¡Dios les conserve el respeto!— no se deciden a emplear palabras que el Diccionario no sanciona". Huelga afirmar que lo dicho acerca de los prefijos es aplicable a los posfijos diminutivos y que no peca quien dice, por ejemplo: "muchachejo", "cocineja", "lejelos" y "cubete", así como se equivoca todo aquel que emplea formas anfibológicas o tachables por su cacofonía o por vicios de otra índole ("habeja", de "haba"; "bosquejo", de "bosque"; "cachete", de "cacho"; "ribetete", de "ribete"; "conejejo", de "conejo", etc.).

CLEMENTE ORLANDI.

BIBLIOGRAFÍA

EDUARDO KRAPF, *Angustia, Tensión, Relajación*. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Este libro que lleva como subtítulo "Contribución al estudio y metodología del tratamiento de los trastornos psicogenéticos", postula la relación constante entre la angustia psíquica y la tensión física, basando en el tratamiento de esta última —aunque no en forma exclusiva—, una modalidad de la psicoterapia.

Según Goldstein, "la angustia es el efecto displacentero de una amenaza contra la existencia"; para Freud, toda angustia es, en el fondo, angustia de muerte próxima o experiencia filosófica de su posibilidad.

Para Kierkegaard, que hace de ella un signo del estar en el mundo, para San Agustín, Pascal y Heidegger —para no citar más que los mencionados por el autor—, la angustia forma parte de la naturaleza del hombre, de su psiquismo, de su conciencia existencial.

Contra esta angustia, algunos pueden reaccionar positivamente; otros, en cambio, en lugar de aceptar la responsabilidad implícita en el vivir, se refugian en la negación o sucumben al "stress" que los sume en la improductividad neurótica.

Como la vida es un equilibrio inestable, la persona completamente normal es un ideal inalcanzable y el normotipo, una abstracción; el desequilibrio psíquico, implica también un desequilibrio humoral, nervioso y muy especialmente, un desequilibrio muscular.

Como apunta el autor, todo trastorno psicogenético donde se utilice la negación perceptiva como defensa, implica también reacciones motrices que bloquean y debilitan, que fatigan al yo.

La relación entre un estado psíquico y el sistema muscular se advierte en ciertas "facies" características, como la del hipochondríaco; las ramas de la cinésica y el paratax le dan, en psiquiatría, todo el valor que dicha relación tiene.

La relajación muscular, a su vez, tiene acción sobre el psiquismo y por ese camino se puede influir sobre él.

Una tranquilización superficial está dada por el apoyo afectivo: es el principal elemento de los métodos por sugestión; tam-

bién resulta eficaz el criterio objetivo calmante, método persuasivo logoterápico; el autor cree más profundas a las técnicas que se basan en la autocomprensión (insight); del tipo psicoanalítico; estas técnicas pueden, sin embargo, diferir bastante del psicoanálisis clásico de Freud.

Citando a Fenichel, recuerda Krapf que "todo mecanismo defensivo que usa una contra carga, crea necesariamente un cierto empobrecimiento de la personalidad"; los síntomas inhibitorios, la improductiva defensa, implican una disminución de la capacidad de acción, cansancio, fatiga crónica.

Las actitudes "musculares" concomitantes, refuerzan la tesis del autor, quien vincula la tensión inquieta con la fatiga paralizante, llegando a la conclusión que la primera se basa en la angustia, o por lo menos en la ansiedad, aunque en cierto modo, no deja a la vez, de recibir la influencia somática.

Se forma un círculo vicioso: tensión muscular y fatigabilidad psíquica —a veces fatigabilidad irritada— se ahondan una a la otra, llevando a la neurosis y a la astenia o a la di-versión, dos formas de escape destinadas, en alto grado al menos, a fracasar.

Así, el carrerista que regresa del hipódromo, por ejemplo, que sabe muy bien que no es necesario realizar un trabajo físico para llegar a la fatiga física, siente en carne propia el desgaste por la tensión muscular inconsciente o poco menos, provocada por su expectativa y emoción.

En cuanto al mecanismo del sueño, el autor sostiene, de acuerdo con las ideas de W. R. Hess, el papel destacado del centro correspondiente, situado en el mesodiencefalo; este centro desplaza el tonismo del aparato autónomo de lo orgotropo (simpático-tónico) hacia lo trofotropo (parasimpático-tónico); se añora que el autor no haya profundizado un poco más esa parte desde el punto de vista de la orientación general de su libro.

La relajación sería el fundamento para una terapia racional del insomnio por medio del agua; a la hidroterapéutica, en todas sus formas, habría que agregarle otras modalidades de la fisioterapia, de las que muchas se mostrarían, quizá, coadyuvantes apropiados del método de la relajación. Acotamos aquí por nuestra propia cuenta.

Los conceptos de Krapf sobre la educación muscular son claros y la relajación preconizada puede complementarse, de acuerdo con lo que dice Jacobson al respecto, calmando la imaginación visual, auditiva y el lenguaje interior por relajación de la mus-

culatura ocular, auricular y del grupo de músculos que intervienen en la vocalización.

Cuando Schultz se basó en los trabajos de Vogt sobre auto-hipnosis para su técnica de concentración, confundió en su terminología la sugestión y la hipnosis, lo que resulta discutible a la luz de los actuales conocimientos sobre hipnotismo; pero la técnica de relajación autoconcentrativa, método progresivo bastante similar, en algunos aspectos, al de Bernheim, tiene la originalidad de haber destacado la gran importancia de la postura en el tratamiento psíquico.

Es muy posible, por otra parte, que el sillón psicoanalítico tenga antecedentes en las posturas rituales de la oración; de todos modos, esa influencia, en sus aspectos no médicos fué conocida desde tiempos remotos, entre otros por los militares.

Respecto a los ejercicios de relajación, toda "tensión de atención" se traduce en dificultad, dolor o sueño en lugar de pesadez, calor y frío intensos en vez de sensaciones suaves y placenteras; una parte de las actitudes escépticas respecto a los ejercicios, así como muchos errores en su realización, se deben a resistencias inconscientes contra una curación que amenaza derrumbar las defensas neuróticas que, contra la angustia, ha levantado el paciente.

Es indudable que la práctica de la relajación fomenta "una mayor disponibilidad de capas profundas del psiquismo"; cuando se hace de propósito una intensificación concentrativa, se llega a niveles inconscientes con toda regularidad, pero conviene advertir que las fuerzas que pueden así movilizarse son sorprendentes y, en ocasiones, bastante inquietantes.

Sobre la "formulación de propósito", aconsejable es utilizarla con gran cautela: esto concuerda con lo que dice Schultz de que no hay que emplear el grado superior de su técnica "sino con una dosis de cuidado, crítica y comprensión empática".

Compara Krapf estas técnicas con el "yoga" hindú, que aspira a ser "un camino de salvación físico y espiritual", en cuanto a que las ocho "angas" progresivas tienen puntos de contacto con los procedimientos relajantes de la moderna psicoterapia.

Menciona también el método concentrativo de la secta herética de los helicastas, para llegar a la conclusión de que la comprensión de sí mismo es la vivencia central de la concentración profana.

Al referirse a los silencios iniciales de una sesión psicoanalítica, se hace notar que no siempre su motivo es una resistencia que deba ser levantada por el médico; este silencio puede ser

una tentativa del enfermo por vencer por relajación una resistencia y su esfuerzo debe ser tolerado y comprendido.

Kretschmer se ocupó de una psicoterapia de orientación religiosa, cuyo autor es el clínico alemán Happich y que se basa en la visión meditativa.

Krapf, por su parte, no pretende limitarse a la relajación y luego de mostrar que no está en desacuerdo con Fromm cuando éste hace la formulación espiritual de que los latinoamericanos, sabiamente, prefieren tener tiempo a tener dinero, plantea dos fundamentales interrogantes: Tener tiempo, ¿para qué? Relajar, ¿para qué?

Deja pendiente la cuestión de la influencia de la fe en Dios como medio de levantar la angustia y nos sugiere la impresión de un reconocimiento del valor de la axioterapia psicológica.

MIGUEL E. BRIHUEGA.

JUAN MANTOVANI, *Educación y Vida*. Ed. Losada. Buenos Aires, 1955.

El intento permanente renovado desde fines del siglo XIX, de salvar la distancia que separa la escuela de la vida, de acercar ambos términos, de hacer de la escuela una escuela de vida para la vida, encuentra en la obra del eminente pedagogo argentino una clara formulación problemática planteada con innegable carácter de actualidad, al par que una erudita elucidación fundada en sólido basamento filosófico.

El lamento de Séneca, que el autor recoge, *Non vitae sed scholae discimus*, posee hoy la misma actualidad que en el momento en que éste escribiera su epístola 106, pese a la conocida orientación de la pedagogía contemporánea y a la obra de la didáctica renovada, utilizada por las "escuelas nuevas". Acerca de esa realidad es preciso no engañarse. La escuela continúa siendo, en nuestro medio, un ente que obra en el vacío con abstracción de la realidad, de las circunstancias históricas, del cambio social, político, etcétera.

El problema adquiere, en nuestros días, una mayor dramaticidad que deriva, en virtud de la crisis axiológica que padecemos, de la grave dificultad de establecer el tipo, la concepción de vida a la que debemos acercar la escuela y para la cual debemos educar.

"Educación y Vida", partiendo de la consideración de los problemas contemporáneos de la Filosofía de la Educación, fundamento básico imprescindible, estudia el principio y exigencia de vida en la educación y caracteriza los diversos "principios de vida" relacionándolos con la acción didáctica para concluir, en acabada exposición sistemática —pese a la aparente carencia de unicidad de la obra— con dos síntesis biográficas —Pestalozzi y Montessori—, que personifican magníficamente los dos intentos, teórico-práctico, más notables de acercar la educación a la vida.

El principio supremo que puede dar significado a la vida —expresa Mantovani—, es el de la **persona humana**, ideal opuesto "al individualismo atomístico y al gregarismo masificador", ideal cuyo restablecimiento constituye la ley fundamental del humanismo contemporáneo, en momentos de auge del "vacío espiritual", el "interregno espiritual" del que habla Röpke, característico de nuestro siglo tecnológico y de predominio de las formas más peligrosas de masificación del hombre. Surge neto de la obra el propósito de "salvar al hombre" para integrarlo en la vida, de todo lo que lo intenta aniquilar o lo infrahumaniza. Humanizar al hombre, interesando al hombre en el hombre mismo, para que el hombre llegue a amar al hombre y en él los valores más elevados y permanentes, los que le humanizan y le dan precisamente categoría axiológica de hombre.

La escuela como órgano de esta misión, no puede constituirse simplemente en mero remedo o imagen de la vida sino, expresa Mantovani, siguiendo el pensamiento de Cossio, "en refugio contra el duro vivir y en estímulo para una vida superior".

Intentar determinar la vida a la que debe acercarse la escuela obliga a rever los "principios de vida", —individualismo, comunitarismo, voluntarismo, intelectualismo, pragmatismo, espiritualismo, etc.—, que disputan su predominio y lo ejercen a veces alternativamente. Pero la educación es equilibrio e integración, encuentro armónico entre el "pathos" y el "ethos"; entre lo individual y lo social; entre las exigencias realistas y las aspiraciones idealistas. Frente a la exigencia de cada "significado de la vida" de generar excluyentemente una educación, en base a una pedagogía consecuente, se impone el afirmar la idea de la formación como totalidad. Por ello el nuevo Humanismo es fundamentalmente el propósito de formar "al hombre en la unidad de su espíritu por la unidad de la cultura". Pero una cultura con sentido realista y clara visión de la actualidad. Una

cultura y consecuentemente una educación, para la independencia de la personalidad individual, la emancipación espiritual, el espíritu creador, sin caer en el encapsulamiento egoísta del individualismo, sino tendiente a la vez al desarrollo del espíritu de comunidad para la plena integración del hombre, espíritu que no es renuncia de la individualidad sino enriquecimiento de la personalidad por el despertar y afirmación de la conciencia patriótica y cívica y de las virtudes sociales. Y que se proyecta aún más allá de una conciencia nacional, en un sentimiento de interdependencia mundial, de solidaridad y fraternidad humana universal.

La educación debe igualmente preparar para el cambio social, para las nuevas condiciones sociales de vida. Siguiendo el pensamiento de Mannheim: **Diagnóstico de Nuestro Tiempo y Libertad, Poder y Planificación Democrática**, advierte que la educación como hecho eminentemente social debe concebirse en relación directa con la realidad social de nuestro tiempo y de las nuevas condiciones sociales derivadas, entre otros factores, de la tecnificación, el proceso de industrialización y sus consecuencias en el plano axiológico. Por sobre el **laissez-faire** del liberalismo y su antítesis la regimentación autoritaria de los totalitarismos se sitúa la planificación democrática que reclama la educación social, apoyada en el ideal de la **personalidad integrada o personalidad democrática**.

La "personalidad democrática", fin educativo de la sociedad contemporánea, exige se fomente la **conducta integradora**, que junto con el cultivo de la libre iniciativa o la acción creadora, implica la educación para la competencia, cooperación y tolerancia, dentro de una sociedad planificada.

A quienes en este crucial momento de la historia de la humanidad y en estos instantes tan difíciles de la vida argentina ejercen la docencia, con sentido de responsabilidad social e histórica; para quienes su función es algo más que un rutinario "metier", **Educación y Vida** no sólo ofrece un claro planteo científico de los términos en que se dilucida el problema de la educación en relación al instante vital, a la realidad contemporánea, a la vida y en especial a la vida de nuestros días, sino que constituye un valioso auxiliar para esclarecer la "praxis" educativa, el hacer diario, reviendo arcaicos conceptos acerca de la disciplina y la educación moral, y los formalismos didácticos.

La disciplina en que la democracia exige que formemos a nuestra juventud, es la disciplina educadora, orden, proceso de

estructuración interna, nunca impuesto por mandato externo, disciplina que forma moralmente de acuerdo con determinados principios o valores.

El nuevo método, sin dogmas didácticos, que tenderá no sólo a lograr la transmisión de los conocimientos, sino por medio del ejercicio, al desarrollo del carácter y la personalidad autónoma del educando, debe limitarse al mero arbitrio que basado en una amplia cultura y en una clara conciencia pedagógica del educador, asegure la dirección del aprendizaje, el que finalmente sólo será el resultado de la propia actividad del niño y del adolescente.

Los estudios biográficos de Pestalozzi y Montessori, con que se cierra la obra, revelan los dos intentos más importantes, ensayados en distintas etapas del desarrollo histórico de la educación, de aproximar escuela y vida y de lograr la elevación social, la liberación y la dignificación del hombre por la educación autónoma del niño.

Educación y Vida es la obra erudita y meditada que otorga los fundamentos teóricos y esclarece los problemas fundamentales del hacer práctico, de una educación para la libertad, la autonomía, la elevación social y la vida democrática del hombre, y en especial del hombre argentino, en la hora actual.

Quizá uno de los más valiosos aportes del pensamiento argentino para la solución de la honda crisis que nos aflige y a cuya superación en tan gran medida puede contribuir esta obra.

ANGEL DIEGO MARQUEZ.

D. DUBARLE, Humanismo científico y Razón cristiana. (Humanisme Scientifique et Raison Chrétienne). Desclée de Brouwer, París.

Enfoca el autor los problemas científicos actuales y su proyección en el futuro humano, a través de cinco artículos.

El primero de ellos: Técnica y porvenir apareció en "La Vie intellectuelle" en febrero de 1950. Preconiza la necesidad de una ciencia que él llama de "la anticipación", es decir, de una previsión sensata acerca de las expansiones técnicas. Ésta deberá ejercitarse sobre el campo de las interacciones con un carácter verdaderamente racional.

Llama la atención sobre los peligros que amenazan a la vida humana así como a la estabilidad e integración de sus costumbres, por aquel monstruoso desarrollo de lo científico-técnico.

Nos señala, por otra parte la enorme importancia de esta misma técnica encaminada hacia una aplicación pacífica.

Entre las posibilidades que apunta para transformar el porvenir, figuran: 1. El maquinismo industrial, donde la regulación automática tiende a substituir el trabajo humano y a las antiguas máquinas; y 2. La aplicación de las ideas relativas a la regulación, sobre los hechos humanos, demográficos, económicos, sociológicos y culturales.

En el capítulo II, Ideas científicas actuales y dominio de los hechos humanos, nos recuerda Dubarle que la habitual resistencia que nos oponen los hechos humanos cuando pretendemos estudiarlos con el rigor del método científico, se ha agudizado en el presente.

Analiza con suma precisión el intento de Comte de instaurar una política verdaderamente científica, señalando lo precario de su éxito total, como también el saldo positivo de alguna de sus consecuencias.

Cree el autor que el intento que la física determinista de Newton no pudo cumplir, puede renacer con la física moderna provista de la noción de probabilidad.

Esto nos aproximaría a una comprensión científica del hecho humano colectivo, sirviéndonos de dos nuevos puntos de avance del conocimiento: a) La Cibernética y b) La teoría de los juegos, cuya conjugación aún no lograda se nos ofrece como posibilidad.

Al análisis de ambas teorías, dedica el autor la primera parte de este artículo.

Nos define la Cibernética como un conjunto de técnicas propias de los ingenieros especializados en los problemas de telecomunicaciones y de funcionamiento automático.

Para su mayor comprensión nos remite a los conceptos de su creador: Wiener, quien apunta una analogía sistemática entre el dominio de la técnica y las realidades aparentemente de todo otro orden.

El Cibernético, nos dice, busca sin cesar la transposición de ideas que puede adquirir particularmente en uno u otro dominio. Su éxito mayor sería establecer una doctrina sólidamente científica de las similitudes entre el complejo funcional animal (regulaciones fisiológicas, trasmisión y comando reali-

zados por el sistema nervioso) y las máquinas realizadas por el hombre.

A este primer ensayo de transposición, se intenta una analogía posterior, sobre el funcionamiento del cuerpo social, aunque su propio autor, prudentemente, no asegura por ahora su aplicación a las ciencias humanas.

Con el análisis de la teoría de la información y de la noción de regulación, elementos capitales de esta nueva ciencia, nos concreta el autor sus ideas acerca de la Cibernética:

La información pertenece a la técnica de las comunicaciones. Los hombres pueden enviarse a través del espacio signos diversos, mediante una cierta realidad física: la voz, rayo luminoso, corriente, etc. La señal emite una configuración determinada y destinada a ser vehículo a través del espacio hasta un "receptor". Se llama "información" lo que la señal aporta al receptor, no interesando la materialidad del soporte del cual tiene necesidad sino en la configuración que va a tratar de identificar.

Aunque la percepción consciente está siempre, aunque lejanamente, sobreentendida, una multitud de dispositivos pueden ser considerados como receptores de señales, es decir como realidades situadas al nivel de la información e interesados por ella. Cada elemento de un aparejo de transmisión recibe, transporta y elabora la información.

Con el tiempo, dice Dubarle, podríamos pensar en términos de información ciertos fenómenos naturales, como los de la física atómica, de los cuales no nos contentaría sólo lo energético.

Al analizar la teoría de la regulación, nos detalla el funcionamiento de las "máquinas de regulación de circuito abierto", donde está excluido en principio toda noción de probabilidad y de la llamada regulación "refleja" conquista de la Cibernética que la posee.

Acerca de la teoría del juego nos señala que presenta por primera vez la unión entre una cierta finalidad económica (la ganancia) y un esquema de acciones humanas coordinadas en función de ciertas condiciones materiales, así como de otras iniciativas humanas.

Cuando el número de jugadores es superior a dos aparecen ciertas asociaciones definidas de jugadores que aseguran una esperanza de ganar, superior a la suma de esperanzas aisladas.

En las teorías apuntadas confía el autor para disipar las inquietudes de aquellos que ven al hombre tan sólo librado al mal y desesperan de su futuro.

En el capítulo IV contrapone y analiza los conceptos de Ciencia y Filosofía desde una doble perspectiva: el clasicismo griego y la problemática contemporánea.

Se nos muestra muy esperanzado en la conquista de los valores humanos. Hoy, nos dice, el trabajo de creación, el alumbramiento de la naturaleza, le dan al hombre el manejo de una historia en el curso de la cual, lo humano se acrecienta: civilización, cultura, conciencia, que puede ser también violencia y tortura.

Nuestra fe, nos dice, debe pensar sólo en esa fuerza consciente que crece con el tiempo. La inquietud científica nos enfrenta con la exaltante y seria responsabilidad de educar al ser humano como "hombre".

Nos presenta la Ciencia actual como nuestra maestra, que nos impone con sus métodos dos valores fundamentales: 1. La honestidad de conciencia y 2. El sentido de empresa eficaz.

Afirma que lo crítico del momento actual sólo puede solucionarse con la armonía entre la creación reflexiva, lúcida y voluntaria, abriendo rumbos y creando nuevos recursos de equilibrio, y las conquistas de la ciencia.

Sueña con la empresa coordinada, con un diálogo nuevo entre las dos fuerzas mayores de la razón.

Los capítulos III y V, poseen una unidad de contenido que permite homologarlos: *Técnicas modernas y problemas de civilización* y *El cristianismo y el progreso de la ciencia*.

Expone en ellos con angustia dramática y serenidad científica, los peligros a que nos ha expuesto la civilización actual.

Señala como única obra a realizar con urgencia: "una suerte de realidad política de la generosidad; un plan común razonablemente coordinado de trabajos humanos; nuevos deberes mutuos incumben a los pueblos ligados por su comunidad espiritual".

Considera providencial, que la iniciativa de conquistar la naturaleza partiera de la Europa cristiana, pues es profundamente cristiano el enseñorear al hombre en la faz de la tierra.

Es cristiano, dice, esperar que la ciencia, con su imperioso poder de conquista, continúe la vocación del hombre hacia el dominio universal de la creación. En la actualidad, esta ciencia, se nos torna peligrosa y toda la civilización, amenaza volverse contra el hombre.

Nuestra principal obra en este momento, es un esfuerzo reductor.

Aceptación de Cristo y refugio en Cristo, debe ser la consigna que subordine las riquezas de la existencia y las posibilidades de acción.

Al concluir cada uno de estos ensayos, nos queda en el alma la inquietud palpitante del momento actual, plenamente vivido. La angustia ante la inseguridad y el miedo a fuerzas tan poderosas, queda flotando en una atmósfera de fe cristiana, que juzga las conquistas técnicas como galardón del espíritu humano, siempre que su utilización esté presidida por la ley del amor, supremo móvil del hombre.

Despunta en nosotros una nueva esperanza de calor un poco más hondo, en la espesura del problema humano.

M. COLOMBA BOLAÑOS.

JUAN CARLOS GHIANO, *Lugones escritor*. Ed. Raigal. Buenos Aires, 1955.

Es del caso advertir que Juan Carlos Ghiano, autor de estas meditaciones y prolijas, aunque ágiles apreciaciones críticas de la obra total de Leopoldo Lugones, se adelanta a autodefinirlas modestamente, sobriamente, como "Notas para un análisis estilístico".

Ghiano ha logrado, en tiempo relativamente corto, acreditarse en este casi inexpugnable sector intelectual que es el de la crítica literaria, mediante algún libro, apariciones poco frecuentes en revistas especializadas y con la dirección de la Biblioteca "Juan María Gutiérrez", que le ha encomendado la Editorial Raigal.

Lugones escritor, octavo título de aquella serie en la cual ya diera, además, su ensayo *Constantes de la literatura argentina*, iníciase con una "Cronología lugoniana", explícito esquema que permite abarcar la trayectoria de una vida tan intensa como proficua, y ayuda igualmente a comprender las evoluciones de aquel gran espíritu, por cuanto no sólo consta del dato informativo escueto sino que, por lo común, el hecho biográfico o bibliográfico aparece enmarcado en pertinentes transcripciones de fragmentos lugonianos.

El segundo capítulo —"Situación de Lugones"—, léese con la misma complacencia y el mismo respeto con que fué escrito, en recordación emocionada y en reconocimiento emocionante de

una conducta límpida, de una hombría ejemplar: "Lo ejemplar lugoniano radica no en la variante de retóricas que despliega su obra, sino en la formación responsable que propone a nuestro hombre de pensamiento, para ahondarse en conciencia vigilante. Con todas sus contradicciones, supo vivir en nobleza de conducta, que le permitió gritar sus críticas, arrojándolas con la autoridad que sólo se alcanza en constancia de vida digna".

En el capítulo inmediato —"El lenguaje"—, expone con amplitud y con detalle, las búsquedas elocutivas del prosista y del poeta, siempre atento al ser y a la expresión genuinamente nacionales. Al término de ese aplicado análisis, Ghiano asevera: "Para salvar sus conflictos de expresión, cada escritor recurre a lo que cree más eficaz: Lugones estudió las lenguas clásicas y las europeas modernas, también los escritores castizos españoles, en particular Quevedo, eligiendo el camino legítimo y más difícil, la creación de la palabra necesaria y la utilización inteligente del argentinismo intransferible. Al mismo tiempo, predicó para que el país luchase contra la expresión empobrecida y cursi, que su obra reprochaba constantemente. De ahí su doble función educativa".

Informaciones precisas y reflexiones agudas acerca del modernismo en Lugones y de Lugones en el modernismo, da en capítulo aparte —"El modernismo"—, para delimitar los dos momentos de esa escuela en el mundo hispanoparlante, exaltar la lección de Darío, —"último libertador de América"— y entrar a fondo en la concurrencia de Lugones a ese cauce: "Los crepúsculos del jardín, *Lunario sentimental*, *El libro fiel* y *El libro de los paisajes*, en verso, junto con *La guerra gaucha* y *Las fuerzas extrañas*, en prosa, representan lo más decididamente modernista en la obra lugoniana. En sus caracteres pueden señalarse lo renovado en el movimiento que inició Darío, a la vez que lo recibido pasivamente". Y cubre dos decenas de páginas enjuiciando sin retaceos, franca y ponderadamente: "Los crepúsculos del jardín reúne los temas más decorativos desarrollados en su poesía"; "En *Lunario sentimental* domina la actitud irónica, apoyada en balance de reminiscencias literarias, que van desde poetas de la antigüedad grecolatina hasta algunos modernos franceses..."; "Lo más característico de la primera prosa lugoniana está en *La guerra gaucha*, no sólo en la riqueza del vocabulario, más o menos recreado, sino en las posibilidades que varía la sintaxis, imponiendo distintas soluciones, desde lo escrito popular al virtuosismo más intenso"; "... en cuanto a las narraciones ejemplares de *Las fuerzas extrañas*, lo

fantástico del tema mitológico está desarrollado en el sentido clásico de la estructura narrativa a la vez que en claridad nítida del lenguaje; obras maestras de una modalidad en que no persistió Lugones"; "Muchos poemas de *El libro fiel* señalan una característica sentimental de Lugones, que lo diferencia en su momento: las loas al amor conyugal. El hecho importa una novedad en la poesía contemporánea e inaugura todo un sector emotivo de la lírica argentina, según lo confirman Baldomero Fernández Moreno, Arturo Marasso, Rafael Alberto Arrieta y Francisco Luis Bernárdez, entre otros"; "*El libro de los paisajes* depura los temas y las soluciones verbales más característicos en la primera época de la poesía lugoniana"; "Hasta *El libro de los paisajes*, casi todos sus poemas se detienen en la gracia descriptiva; esta característica continúa en gran parte de *Las horas doradas*"; "*Poemas solariegos*, la más representativa de sus colecciones poéticas, lo muestra en la afinada superación de recursos aprendidos en la frecuentación de sus diversas lecturas, a la vez que en el dominio de ciertos caracteres intensificados desde las primeras colecciones de poemas"; "Las obras poéticas más personales de Lugones —*Lunario sentimental* y *Poemas solariegos*— unifican una modalidad, no siempre feliz de visión de circunstancias emotivas. Facilidad apoyada en un sentido prosaico, irónico unas veces, crítico otras, que escaseaba en la poesía española contemporánea; Lugones, en tal sentido, se aproxima a Valle Inclán y reconoce como éste la prosapia quevediana".

Ghiano remata el trabajado y no fatigoso capítulo, de cuya abundancia mental y cordial hemos querido ofrecer esas muestras, con esta justa y justiciera síntesis: "De los cuatro grandes escritores del segundo momento modernista, Amado Nervo (1870-1919) se detiene en la asordinada matización descriptiva y la medida confesionalidad de México; Julio Herrera y Reissig (1875-1910) se propone como ejemplo de la virtualidad extrapintoresca y sensualísima de la poesía uruguaya; José Santos Chocano (1875-1934) concluye en los planteos sociales que preocupan a la moderna literatura del Perú; Leopoldo Lugones muestra la solución más representativa del ambiente argentino, su conciliadora universalidad, que no olvida la interpretación valiosa de los elementos regionales, al servicio de constantes del espíritu nacional".

Un penetrante, inteligente estudio conforma el capítulo que sigue —"La expresión poética"—, donde, luego de descubrir paralelismos y contrastes en la formación humanístico-artística

de Quevedo y la de Lugones, recorre a grandes pero calculados pasos, las cimas y los senderos, las fases y las perspectivas de la obra del lírico argentino desde *Las montañas del oro* hasta *Romances de Río Seco*, "culminación expresiva en el estilo tradicional en que se gozaba Lugones". Y, al cabo del largo y vario itinerario, estampa este juicio definitivo y definitorio: "En el descubrimiento del paisaje argentino, Lugones creyó cumplido el apostolado del escritor en la sociedad moderna, haciendo sentir una manera de conciencia de patria".

A continuación, en el más extenso de los siete equilibrados capítulos, ubica *La guerra gaucha* —que le sirve de título—, en el ámbito histórico y en el plano estético. El apasionante libro, "el libro esencial", es pesado y medido por el crítico que cala en "el tema celebratorio nacional, en novelada interpretación comprometida"; que investiga en "la minuciosidad de un vocabulario violentamente novedoso, no sólo en el aspecto neológico, sino también en el aprovechamiento de términos arcaicos y de regionalismos, imprevisibles en la literatura contemporánea..."; que repara en el "estilo extraño a la narrativa, no sólo en lo que ésta comporta de relato, sino también en la claridad mínima que exige el lector". Y apoya atisbos agudos y originales interpretaciones glosando convincentemente la "grandiosidad decorativa", la "recia acumulación de rasgos heroicos", el "nivel sintáctico variado", la "profusión de descripciones", los "retratos". También pasa revista al abrumador, relampagueante vocabulario: "Lugones, escritor argentino, quiere demostrar que se siente tan dueño del idioma como cualquier escritor peninsular". Y trae a cuento "el caudal de los verbos nuevos", de "adjetivos pintorescos", de "sustantivos nuevos tan numerosos como los verbos".

Corona el laborioso ensayo con esta sentencia: "Siendo *La guerra gaucha* la obra más elaborada de Lugones, presenta en refracción agigantadora sus aciertos y sus defectos".

Es "Lugones en la literatura argentina", el trabajo con que Ghiano cierra su interesante libro, realizando a través de cuarenta páginas un compendio de la historia de las letras argentinas del año 1880 para aquí. Con rapidez y lucidez se refiere sucesivamente a los prosistas del 80, cuyo grupo "adelantó un balance concluyente de aspectos característicos del siglo XIX, anunciando algunos decisivos del porvenir inmediato..."; a la llegada de Rubén Darío a Buenos Aires, en 1893: "Darío, en acentuado humanismo, impuso su renovación literaria como un hecho americano (poco más tarde insistirá en la ampliación es-

pañola de la misma), por primera vez postulado con tan clara conciencia de responsabilidades"; a la eclosión de Lugones: "Alejado de Buenos Aires Darío, el cordobés aspiró con insistencia a recoger su primacía, imponiéndose como maestro, sin conseguirlo nunca; esta falta de reconocimiento en lo inmediato provocó muchas de sus reacciones temperamentales, desfigurando algunas consecuencias de la obra.

Su vida, dentro de las constantes de dignidad, se impuso en cualidades que sólo más tarde se han reconocido"; a "los escritores formados poco después de Lugones": "Dentro de estos caracteres generales, pueden señalarse tres épocas de aparición más o menos conjunta de poetas, las tres coexistentes en el momento actual"; a los escritores "reunidos por el periódico *Martín Fierro* entre 1924 y 1928", y a los de 1946 en adelante: "Hacia 1946 aparece una tercera reacción".

Hace notar, además, las rutas abiertas por la pluma de Lugones en el ensayo, el cuento, la novela, rutas por las cuales transitaban y transitan grandes y pequeños; reconoce que "dentro de la dispersión de principios y de la anarquía de intentos, Lugones representa algo más que el primer escritor argentino", y deja sentido, incontrovertiblemente, con generosa firmeza que le honra al honrar al maestro; "Los escritores posteriores no han hecho sino imitar sus retóricas, desfigurando una posición confirmada en el mismo Lugones como aptitud mental, urgente en un país de escasas vocaciones espirituales. Superó así el narcisismo esencial del escritor modernista, en la heroica comprensión de una cultura activa, responsable de las crisis contemporáneas, con agudeza que no se ha repetido. La lección moral continúa en él, tanto más urgente, cuanto menos atendida".

Juan Carlos Ghiano, que con esta incursión en la poco menos que virgen heredad lugoniana, ha dado buena prueba de solidaridad intelectual, de sensibilidad literaria y de profundidad crítica, manifiesta en absoluta corroboración de sus opiniones valorizadas por disidencias y reparos de forma y de fondo que en cada caso concretó sin titubeos: "La inclusión de Lugones dentro de los escritores representativos de América, supone el reconocimiento de una aptitud espiritual, tanto como estilística, de permanente vigencia. El estudio menudo del estilo confirmará estas excelencias en soluciones muchas veces ejemplares".

En adelante, quienes de verdad y con ánimo limpio quieran iniciarse en el conocimiento de la obra y de la vida de Leopoldo

Lugones, habrán de recurrir a este libro esclarecedor de los méritos y deméritos de aquel auténtico maestro del idioma, y de las virtudes y defectos de aquel no menos auténtico hombre de bien.

GERMÁN BERDIALES.

J. LASSO DE LA VEGA, *La selección de libros*. Santa Fe, Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral, 1956. (Temas bibliotecológicos N° 6).

Ante la astronómica cantidad de libros, revistas, diarios, etc., que se imprimen mundialmente, resulta imposible su adquisición total por parte de una biblioteca. A su vez, la ausencia de un determinado documento puede, llegado el caso, impedir que la biblioteca cumpla con su misión fundamental: suministrar la información al lector. De ahí que la acertada selección del material a incorporar sea tarea importantísima para el técnico a cargo de la biblioteca y que la enseñanza de las reglas a observarse para el caso constituya parte importante de su formación profesional.

Tratados y manuales referentes al tema abundan en idioma inglés. No así en castellano. En la Argentina, sólo conocemos un breve artículo publicado en 1946, en la revista *Bibliotecología*. Ello evidencia el interés presentado por el trabajo que se reseña.

El autor goza de reconocida autoridad en materia bibliotecológica y tiene escritas varias obras referentes a organización de bibliotecas, catalogación, clasificación, edificio, búsqueda documental, etc. En el presente caso ha sabido resumir, en pocas páginas, las directivas que deben presidir el trabajo de selección transcribiendo, a la vez, esquemas y normas que permitan trabajar en forma rápida y segura. Sus indicaciones están principalmente dirigidas hacia las bibliotecas de tipo general o "populares" pero también dedica especial atención a las bibliotecas infantiles y a las situaciones que en ellas se plantean.

El original, listo para imprimir, fué remitido hace algunos años pero "durmió" en los archivos del Instituto Social. No había entonces dinero para editar trabajos de este tipo. Su publicación, con bibliografía actualizada, marca el resurgir de

las actividades de aquel benemérito Instituto y la reanudación de sus "Temas bibliotecológicos", serie única dentro del conjunto de las publicaciones efectuadas por nuestras universidades y que evidencia la necesidad de abocarse, de lleno, a la enorme tarea de organizar y tornar eficientes las arcaicas bibliotecas de que padecemos en la Argentina de 1956.

J. F. FINO.

ERNST KRIECK, *Bosquejo de la ciencia de la educación*. Trad. de L. Luzuriaga. Buenos Aires, Losada, 1952.

El volumen que comentamos incluye, además del trabajo *Bosquejo de la ciencia de la educación*, dos apéndices igualmente importantes.

Dos son los objetivos fundamentales del autor: 1. La distinción entre pedagogía y ciencia de la educación; 2. El análisis fenomenológico de la educación.

1. Le preocupa al hombre la satisfacción de sus necesidades prácticas; en tal empeño encuentran su origen la mayoría de las ciencias. Pero, por otro lado, aspira al conocimiento puro, ansía forjarse una imagen del mundo y de sí mismo: persigue la aprehensión de la verdad porque advierte que con ello perfecciona su forma interior y eleva su rango.

La Pedagogía está orientada hacia fines prácticos; después de elegir el fin educativo, investiga los medios que permitirán alcanzarlo. Pero dicha elección aparece siempre arbitraria, caprichosa: la permanencia de posiciones irreductibles en el problema de cuál ha de ser el fin de la educación implica el "reconocimiento de que en las cuestiones del sentido de la vida y de la finalidad de la educación no es competente la ciencia". Una moderna teoría pedagógica ha pretendido superar la encrucijada afirmando que el único fin a que debe aspirar la educación es facilitar el autodesarrollo de la naturaleza del niño; el educador debe sólo ayudar a eliminar los obstáculos que se oponen al desenvolvimiento de esa ley inmanente. La consideración de esta teoría es indispensable, porque es un ejemplo típico de "la forma de pensar peculiarmente pedagógica". Y acertada la refutación de Kriek; tal

teoría falla: a) Porque su concepción exclusivamente individualista y naturalista del educando se basa en la ya superada concepción del mundo y de la humanidad del siglo XVIII; b) Porque ha reducido el proceso educativo a la relación parcial, aislada, entre educador (un individuo adulto) y alumno (el individuo joven), olvidando así "que una buena educación y una formación humana eficaz necesitan sobre todo de una sustancia espiritual objetiva". El educador, en cuanto tal, "es siempre sólo mediador de un poder espiritual superior a cuyo servicio está".

La Ciencia de la Educación, porque es verdadera ciencia, aspira a un conocimiento puro (no práctico) y sigue el camino de la investigación crítica. "El hombre de ciencia puede prescindir en la teoría de la educación de los problemas educativos prácticos, lo mismo que el estético no tiene que ser al mismo tiempo artista; el agrónomo, agricultor".

Parte de una evidencia: donde hay humanidad hay educación; su tarea es investigar el ser y las leyes de tal objeto: qué es, cómo y dónde se realiza, cuáles son los grados y clases de la educación. Así pues, se inicia destruyendo la conocida posición para la cual es imposible la ciencia de la educación, porque ésta "no es objeto, sino postulado". No sólo la educación es un hecho, sino que también pueden descubrirse en ella leyes que rigen para todos los lugares y épocas. Interesante es el paralelismo que, respecto de este punto, puede trazarse entre ciencia de la educación y política: aun cuando en ellas participa el albedrío, son ambas funciones necesarias de la vida en comunidad, y "el arbitrio sólo interviene en límites muy estrictos. En general, como se ve siempre a gran distancia, el arbitrio es reducido y sometido a leyes superiores".

2. Donde hay humanidad, hay educación, decíamos. Por tanto, es necesario un concepto de humanidad como hipótesis básica ineludible; pero tal concepto será el que resulte de la investigación histórica y geográfica: la idea de comunidad o de organismo social. "La comunidad es la condición esencial y necesaria originaria para la vida de los individuos". Después de analizar los caracteres esenciales de la comunidad, Kriek concluye: "la educación es una manifestación necesaria de la vida, una función básica de la comunidad"; es la asimilación típica de los miembros a las normas y ordenaciones de la comunidad... y por tanto "el medio de persistencia de la comunidad misma".

Desde el punto de vista del individuo el sentido de toda educación es la formación del hombre. Forma o imagen es la estructura con sentido, conexas, de un todo. Distingue Krieck en el hombre una forma externa (cuerpo) y una forma interior. La "formación interior del individuo humano significa el surgimiento de circunstancias fijas, de una estructura unitaria, de un estilo o carácter formado en el pensar y el obrar, en la conciencia y la conducta moral, en la selección de los valores y en la elección de los motivos". Pero, ¿cómo se consigue esa estructura unitaria? El individuo humano pertenece, simultáneamente, a múltiples complejos sociales: familia, aldea, Estado, Iglesia, profesión, gremio. ¿Cómo se armonizan los efectos educativos de tales complejos sociales? Según Krieck, el Estado es quien supera esas contradicciones, pues modela, con sus órdenes y órganos, un tipo general de ciudadano. Por otro lado, esta formación cívica es de importancia vital para la subsistencia misma del Estado burgués y el sistema económico y técnico unido a él.

Después de distinguir la educación inconsciente de la consciente o sistemática, Krieck estudia el origen de esta última en diversas culturas, para concluir: los sistemas educativos de los pueblos son, en última instancia, esencialmente iguales; "la educación sigue en todas partes las mismas leyes".

Como manifestación típica (pero parcial, no fundamental) de la educación consciente, la escuela merece capítulo aparte. El autor analiza: a) Su misión, que es doble: inmediata, la de transmitir los bienes culturales; mediata, en cuanto no habrá de olvidar la educación moral; b) Su origen, a partir de organizaciones de maestros o de alumnos; c) Su ley de organización y metodología, la graduación: "el maestro tiene que descender hasta el alumno para elevar a éste gradualmente a su altura cultural".

El hecho de ser la primera traducción castellana de un pensador que ha tenido acentuada influencia en la pedagogía contemporánea y la importancia decisiva de los dos temas que hemos destacado, otorgan jerarquía indudable a este pequeño libro.

NÉSTOR A. MORENO.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

LA INTROSPECCIÓN

El psicólogo objetivista, principal interlocutor del fenomenólogo, afirma que la psicología debe renunciar a privilegiar el yo en el conocimiento de sí mismo. La introspección, como método general de la psicología, admitía un axioma contestable: que lo vivido por la conciencia constituye por sí mismo un saber de la conciencia. Yo estoy asustado; sé, pues, lo que es el miedo, ya que yo soy el miedo. Este axioma suponía, a su vez, una transparencia total del acontecimiento de conciencia respecto de la conciencia, y que todos los hechos de conciencia son hechos conscientes. En otros términos, lo vivido se da inmediatamente con su sentido, cuando la conciencia se vuelve hacia él. En segundo lugar, lo vivido era concebido por esta psicología introspectiva como interioridad: es necesario distinguir de manera categórica lo exterior y lo interior, lo que descubren las ciencias de la naturaleza u objetivo, y lo subjetivo, a lo que no se tiene acceso sino por la introspección. A decir verdad, esta disociación se ha revelado rápidamente por un uso delicado, sobre todo con los progresos de la fisiología, porque se planteaba el problema de saber dónde pasaba la línea de demarcación: de allí las hipótesis paralelistas, epifenomenistas, etc., hasta que se comprenda, al fin, y la fenomenología juega un gran papel en esta maduración del problema, porque una frontera no puede separar más que regiones de la misma naturaleza: luego, lo psíquico no existe como lo orgánico. En tercer lugar, lo vivido por la conciencia tenía un carácter estrictamente individual, en ese doble sentido que está lo vivido por un individuo situado y datado, y que es, él mismo, un vivido que no sabría reproducirse. Es este último carácter el que estos "psicólogos" invocaban, de una manera determinante, para defender el método introspectivo: es necesario tomar lo vivido inmediatamente, a falta de lo cual, lo vivido, sobre el cual se refleja a continuación, es un nuevo vivido, y el lazo del uno al otro no presenta ninguna garantía de fidelidad.

La heterogeneidad de los "estados de conciencia" condena toda forma de aprehensión que no sea la introspección. No

hay que confundir, pues, introspección y reflexión. La individualidad y la misma unicidad de lo vivido, tomada por la introspección, plantea evidentemente el doble problema de su universalidad y de su transmisibilidad: la filosofía tradicional y la psicología introspectiva lo resuelven generalmente, en primer lugar, formulando la hipótesis de una "naturaleza humana", de una "humana condición" que autorizaría la universalización de los resultados particulares, prefiriendo después al instrumento de comunicación que es el lenguaje cotidiano o el lenguaje científico, un lenguaje de expresión por el cual la interioridad sería la menos traicionada. De allí la preferencia de esta psicología por las formas literarias. Se reconocerá al paso, uno de los problemas esenciales del bergsonismo que no ha sido jamás abordado de frente por Bergson, aunque constituyó la clave de todos los otros. En fin, la heterogeneidad de los vividos en el flujo de conciencia traducía una contingencia que prohibía, en última instancia, que la psicología elaborara leyes a propósito de lo psíquico: la ley presupone el determinismo.

La reflexión. — La fenomenología se halla de acuerdo con el objetivismo para criticar ciertas tesis introspectivas. Que el sentido de un contenido de conciencia sea inmediatamente manifiesto y asible en tanto que tal, eso es desmentido por la investigación psicológica misma: si experimentamos la necesidad de una ciencia psicológica, es precisamente porque sabemos que no sabemos lo que es el psiquismo. Es verdad que estando asustado, yo soy el miedo, pero no sé lo que es el miedo, por tanto, "sé" solamente que tengo miedo: se medirá la distancia entre estos dos saberes. En realidad "el conocimiento de sí por sí es indirecto; es una construcción; me es necesario descifrar mi conducta como descifro la de otro". (Merleau-Ponty, *Fenomenología y ciencias humanas*, curso en la Sorbona, 1950-51). La fenomenología opone así la reflexión a la introspección. Para que la reflexión sea valedera es necesario evidentemente, que lo vivido sobre lo cual se refleja, no sea inmediatamente arrastrado por el flujo de conciencia; es necesario, pues, que permanezca, en una cierta manera, idéntico a sí mismo al través de ese devenir. Se comprende por qué Husserl, desde *Ideen I*, buscaba fundar la validez de la reflexión sobre la "retención", función que no debe ser confundida con la memoria, ya que es, por el contrario, la condición: por la retención lo vivido continúa siéndome "dado" él mismo y en persona, afectado por un estilo diferente, es decir, en el modo del "no más".

Esta cólera que me ha tomado ayer, existe bien aún para mí implícitamente, ya que puedo, por la memoria, retomarla, fecharla, localizarla, encontrarle motivaciones, excusas; y es bien esta misma cólera la que es así "retenida", en el seno de mi "presente viviente", porque también, si yo afirmo conforme con las leyes experimentales de la degradación del recuerdo, que lo vivido de cólera presente está modificado, esta afirmación implica en profundidad que "yo tengo" todavía, de una cierta manera, la cólera no modificada, para poderla "comparar" con la cólera pasada, de la que mi memoria me informa presentemente. El "Gegenstand", cólera es el mismo a través de las evocaciones sucesivas que puedo hacer, ya que es siempre de la misma cólera que hablo. Es así que toda reflexión es posible, y especialmente la reflexión fenomenológica, que tienta precisamente, restituir lo vivido del que se trata (la cólera) describiéndolo lo más adecuadamente que es posible: esta reflexión es una repetición descriptiva de lo vivido mismo, tomado entonces como Gegenstand por la conciencia actual del que describe. Se trata, en suma, de dibujar fielmente eso que yo pienso cuando pienso mi cólera pasada; pero aún es necesario que yo piense efectivamente esta cólera vivida, y no tal reconstrucción de mi cólera; no debo dejarme enmascarar el fenómeno realmente vivido por una interpretación previa de ese fenómeno. Así la reflexión fenomenológica se distingue de la reflexión de las filosofías tradicionales, que consiste en reducir la experiencia vivida a sus condiciones *a priori*, y así reencontramos, en la base de la reflexión, que la fenomenología opone a la psicología introspectiva el cuidado husserliano de la cosa misma, el cuidado de ingenuidad, es ese cuidado quien motiva, la reducción, garantía contra la inserción de los prejuicios y la expansión de las alineaciones en la descripción reflexiva que yo tengo que hacer de la cólera. Es pues, lo vivido de cólera, anterior a toda racionalización, a toda tematización, lo que me es necesario, en primer lugar, separar por el análisis reflexivo, para poder luego reconstituir su significación.

JEAN F. LYOTARD.

La phénoménologie.

Presses Universitaires de France.

Traducción de Amalia Enríquez de Crispiani.

POESÍA Y NO POESÍA

El factor primordial de la buena poesía, en quienes, a temprana edad, inician su recorrido, es la honestidad poética.

No se debe escribir pensando en el renombre. No se debe escribir procurando, a una edad en que los elementos no están al alcance de uno, la superación o paridad con poetas que se han convertido en ídolos. La poesía es, después de todo, un ser complicado, esencialmente vivo. Hay que verlo nacer como a un ser, pero no embarcar a ese ser — a ese ser poesía — en una aventura falsa, llevándolo de primera instancia, a lo que no puede lograrse sino a través de años, de tropiezos, de maduraciones.

La depuración excesiva de la expresión poética, el tortuoso rebuscamiento de imágenes, lo metafórico trasladado al grado de originalidad y no al de la belleza, la suposición de que la unión de vocablos disímiles y privados de sentido ilativo nos abre el luminoso campo de una poesía nueva, altera la comunicación poética, crea el confusionismo y lleva simplemente al desalojo total de todo motivo imprescindible de hacer poesía. Ese abuso de lo intelectual, es decir, de anteponer el cerebro a la sensación, actúa como traba poética, pues lo que se va a decir está limitado escasamente por determinados cánones, obedeciendo todo el impulso creativo a una alambicada elaboración de imágenes sin coyuntura, a una destrucción total de la vivencia poética, a una retórica distinta a la formal y clásica, pues el no poder evadirse de cierto lenguaje escogido y de ciertas cláusulas de pretendida pureza poética, es caer también en retórica.

Los poetas, principalmente los jóvenes, seducidos por la conquista de una originalidad expresiva o por corrientes literarias que los alejen de lo baladí o lo remanido, no titubean en embarcarse en la poesía de vanguardia, creando a base de incongruencias, sofisticamientos, imitaciones e intelectualismos, todo lo cual obra en detrimento de la autenticidad poética, pues por más talento que se emplee en esa poesía no logrará traducir más que un almacenamiento de belleza extática y desorientada, un barroquismo facturado con premeditación y que concede al autor escasas limitaciones. Lo ensayado por el surrealismo en Francia tuvo razón de ser en la época de su aparición, porque después de todo asestó un golpe de posguerra a la medianía y a la burguesía imperantes. El desarreglo poé-

tico y lo original pero evidentemente egoísta de no querer comunicar nada al hombre porque el hombre no era merecedor de esa comunicación o, también, el de hacer poesía para uno mismo sin tener en cuenta el valor de ese arte en el gran girar del mundo, estuvo en manos de verdaderos talentos y tuvo un motivo especial para cumplir su ciclo. Separó, como una zanja profunda, los últimos eslabones del romanticismo que lograron trasponer el umbral de este siglo y la poesía moderna comunicable, provista de ricos jugos humanos, donde la aventura en la innovación expresiva, en el empleo de vocablos rechazados por cualquier profundo análisis academicista, tiene, después de todo, un valor progresivo y no regresivo de la auténtica poesía.

Los temas eternos adquieren en esta última poesía contacto con lo humano y no están estereotipados o inmóviles. Los temas juegan con el acaecer vital y la poesía, lejos de anquilosarse en estados puramente intelectuales, se inclina al hombre y toma una posición definitivamente clara frente a la vida. Poetas de esta naturaleza en nuestro idioma dejan de lado la poesía como juego para preferir la poesía como mensaje del hombre emitido por la voz de otro hombre que, sin ser superior, tiene en su carne esa posibilidad.

Las escuelas de vanguardia, que adulteran las auténticas derivaciones del poeta, parecerían ir constantemente hacia atrás, en busca de un primitivismo artístico inoperante en nuestra época. La práctica del automatismo es también una traba poética y, si analizamos bien, llegamos a la conclusión de que es más una experiencia para médicos psicoanalistas que para poetas.

En conclusión, la joven generación debe tener en cuenta el destierro de todo hermetismo que entorpezca su traducción de vida o de sensaciones. Debe evitar la caída en lo intelectual. Hasta es preferible un poema con altibajos, con falta de pulimento final, pero extraído del fondo del poeta sin dilaciones y sin entorpecimientos, a un poema construido lentamente, privado de soltura, de unidad espontánea, de calor, de fluidez y que, por su método de elaboración, produce inmediatamente la sensación de lo creado con el cerebro y no con el alma.

Lo esencial es no disfrazar nada en cuanto, poéticamente, se han abierto las compuertas de la inspiración para dar paso a un caudal de belleza, ubicarse valientemente en el suelo espiritual y físico que uno pisa y dejarse llevar, como una

maderada por la corriente del río; por eso que, fluyendo sin argucias del escondido corazón poético, se traduce en arte, en comunicación, en fragante condimento humano, especialmente cuando se han cerrado las puertas a la desfiguración y a la traba de lo íntimo.

En otro aspecto, el poeta comunicable es como un sabueso que va continuamente en busca de su propia huella. Para hallarla es menester emplear toda la actividad sensorial, toda la posible captación — interior y exterior — de las cosas vivas, utilizando las cosas comunes y cercanas y teniendo la valentía de gritar, desde el suelo que se pisa y desde la voz que se habla diariamente, el gran mensaje al mundo.

MARIO JORGE DE LELLIS.

EL HOMBRE Y SU HISTORIA

I. Las ciencias y la Ciencia. — Ante los abismos vertiginosos que cava a nuestros pies la ciencia, el humanismo científico es el mejor de los refugios. Ante la inhumanidad aparente del incommensurable universo que la física moderna nos deja entrever (y sabemos que aun si el universo einsteiniano está terminado, los observatorios americanos lo sondean a distancia de más de 300 millones de años-luz); por otra parte, ante la confusión a la que nos entregan las investigaciones intra-atómicas en momentos en que en el origen de lo infinitamente pequeño los físicos creen percibir un elemento de libertad que escaparía al determinismo ulterior; por fin, ante la inmensa revolución científica en curso, al lado de la cual nuestras revoluciones políticas y sociales no son más que agitación de hormiguero, arriesgamos sentirnos perdidos, tan perdidos como debían estarlo los paleolíticos de los períodos interglaciares, ante la proximidad de una nueva glaciación. Pero la humanidad civilizada ha conocido ya, lo hemos visto, una desorientación análoga. Sucedió esto cuando el viejo antropocentrismo debió hacer lugar al sistema de Copérnico. Y el humanismo, una primera vez, recobró entonces su equilibrio. Aun si la revolución científica actual nos parece relegar la especie humana a un papel ínfimo sobre un punto ínfimo de la inmensidad, razón de más para que el hombre se aferre

a lo que le hace plenamente hombre, en el más noble sentido de la palabra.

El peligro para la ciencia moderna será llegar a una concepción desesperada, los budistas dirían a una concepción si-vasta del hombre y del destino. Por otra parte, las ciencias, a medida que se especializan y se subdividen, arriesgan compartimentar el saber hasta impedirle toda generalización salvadora. Las ciencias arriesgan ocultarnos la Ciencia.

II. Historia de la civilización. — Otra cuestión todavía: lo que llamamos historia, quiero decir ese sucederse de imperios, batallas, revoluciones políticas, fechas, sangrientas la mayor parte, ¿es verdaderamente historia? Concluiría que no lo creo y que eso me lleva, viendo los manuales escolares, a eliminar con el pensamiento una buena parte.

La historia verdadera no es la del vaivén de las fronteras. Es la de la civilización. Y la civilización es, por una parte, el progreso de las técnicas; por otra parte, el progreso de la espiritualidad. Podemos preguntarnos si la historia política, en buena parte, no es una historia **parásita** que ha venido a aferrarse sobre el progreso técnico, vivir en él, estimularlo a veces por una sobreexcitación artificial, pero más a menudo y más durablemente comprometerlo y demorarlo.

Se nos dirá que progreso técnico y voluntad de poder están indiscutiblemente ligados. Es verdad que el arte de la guerra ha estimulado en cierto sentido, ciertos descubrimientos o adaptaciones técnicas. La victoria de los neolíticos sobre los paleolíticos, si planteamos el problema con esta simplicidad (quizá inexacta) fué la de una industria más perfeccionada con la domesticación del animal y de la planta.

RENÉ GROUSSET.
L'homme et son histoire.
Plon. París, 1954.

Traducción de Haydee C. Blotto.

NATURALISTAS Y EXPLORADORES

Cuando se examina la historia de las ciencias naturales en América del Sur, surge en Chile, el país de los contrastes, entre la pléyade de naturalistas que sin igual pasión dedicaron su vida al estudio de su naturaleza fascinante, la figura extraordinaria del abate Molina, quien, antes de que Claudio

Gay, el "viajero inmortal" produjera su *Historia Física y Política de Chile*, dió a conocer, en su refugio de Bolonia, en 1776, su *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del reino de Chile* y cinco años después la *Historia Civil*, con las que triunfó plenamente, imponiendo su nombre y su genio en los círculos más destacados de Europa, que lo consagraron como el primer naturalista de América. Veinte años más tarde publicó la segunda edición de su obra y desde entonces fué continuamente llamado por las más famosas entidades científicas que le ofrecían sus cátedras, entre ellas la Universidad y la Academia de Ciencias de Bolonia, la Academia Treintenia, la Academia Pontificia, cuyos dirigentes siguieron la orientación de su obra. La gloria espiritual del modesto abate brilló en el cielo europeo como un astro de primera magnitud y fué su prestigio el que dió a conocer los valores de su patria en el mundo. En su trabajo *Las grandes analogías entre los tres reinos de la naturaleza*, dió a conocer audaces teorías acerca de la unidad de la materia, más tarde convertidas en la doctrina del monismo universal, es decir, aquella idea precursora que puso en evidencia entonces la gran verdad científica de hoy, de que un mismo átomo puede formar parte de un mineral, de un vegetal y de un animal. Fué uno de los grandes precursores de las ciencias naturales, escritor, filósofo y naturalista; se abrió camino con sus propias fuerzas, en el destierro, con una tenacidad y un valor admirables que impusieron para siempre su nombre en los anales del pensamiento humano. "Molina —dice un autor chileno— fué en su época una de las más puras glorias de Chile; cerebro privilegiado en que alentaba la llama del genio, descolló como una lumbrera en todas las ramas del saber humano y si no son éstos sus mayores méritos, tiene aun el más alto de haber sido el precursor de los que, por la carretera real de la diplomacia, de las artes o de las letras, irían a dar a conocer en el extranjero el nombre de nuestra patria". Frente a las impresionantes historias de otros naturalistas de América¹, ya viajeros como Humboldt, D'Orbigny, Darwin, Moussy y Jussieu, que sólo pasaron, como luminosos meteoros, por nuestros cielos, alucinados de su belleza, o de los que quedaron aquí, como Haenke, Bonpland y otros, la historia del abate de Talca es una amarga aventura,

pues aun en sus últimos años, cuando ya estaba cerca de los noventa, sintió la tremenda nostalgia de la patria lejana, cuyos escenarios de leyenda vislumbró siempre, pero nunca pudo volver a contemplar, pero que fué el sueño inmarcesible de todas sus horas y cuyos detalles pudo plasmar, de memoria, en las obras que lo hicieron famoso a través de la grandeza de su patria. Cuando se restableció en Chile la Compañía de Jesús, en 1816, pareció que podría materializarse el sueño de toda su vida, pero siempre hubo obstáculos, hasta que la muerte piadosa cerró sus ojos, en 1829, en la misma Bolonia donde había pasado sus 55 años de destierro. Es necesario recordar que el decreto de Carlos III, desterrando a los jesuitas de América, al obligarle a abandonar las tierras nativas cuya naturaleza estaba estudiando con la pasión de su genio, descargó sobre su vida una verdadera tempestad que lo alejó para siempre de sus valles queridos, de sus escarpadas montañas, de los árboles y de los animales, que observaba con profunda capacidad científica. Anduvo largos años como exilado, llevando consigo la dolorosa nostalgia de la ausencia de Chile, peregrino de una ciudad a otra, sin dinero, sin amigos y sin esperanzas. Fué entonces cuando ancló en Bolonia: el maravilloso ambiente de aquella ciudad vieja reconstruyó su espíritu y le dió la calma para reiniciar su labor. De memoria, sin ningunos apuntes, que le fueron arrebatados en su salida de Valparaíso (pero que una mano providencial le devolvió después, sin darse a conocer), empezó a trabajar en su obra, con el resultado que acabamos de ver. Describió 18 géneros de plantas, con cerca de un centenar de especies; trece de mamíferos, con 29 especies; 19 de aves, con 38; dos de anfibios, con 3; 8 de peces, con 11; 9 de insectos, con 16; 10 de vermes, con 13; muchos moluscos. En total, 70 especies vegetales, 110 de animales y una explicación clara de 314 vocablos chilenos de *Historia Natural*. Sus ideas filosóficas culminaron después con la *Plasmogenia* del mexicano Errera y con *El Universo, organismo viviente*, de Martín Kuchuk, 1924. Gracias a su obra, Chile fué tempranamente conocida en Europa y numerosos naturalistas se sintieron atraídos por su fauna singular y por sus panoramas naturales, de belleza sin igual. Muchos quedaron, como los Reed, los Philippi, etc., y fueron creadores de obras que prestigiaron la cultura chilena y dejaron en el país hermano una pasión, ya tradicional, por la naturaleza. Al revivir, con el pensamiento, el drama íntimo de Juan Ignacio Molina, le encontramos alguna semejanza, un paralelismo, como diría Plutarco, con la vida de Amado Bonpland,

1. *Naturalistas en la América Latina*, por Carlos E. Chardon. República Dominicana, 1949.

a quien sus amigos europeos llegaron a llamar "el cínico del Plata". Éste que vivió la primera mitad de su vida en Francia, entregado al estudio de la Botánica y a las plantas de Josefine, tuvo el segundo capítulo de su vida en las selvas de América, cuya belleza lo cautivó para siempre, asimilándolo totalmente. El abate, en cambio, que vivió sus primeros años de naturalista en América, fué en su segunda etapa un exilado en Europa, pero nunca dejó de soñar con los panoramas de Chile y su inmensa tragedia fué la imposibilidad de volver a su tierra nativa. He ahí el secreto de la naturaleza americana, cuya magia imprime un sentido a los días de nuestra vida y llena el alma de indelebles emociones. Bonpland, europeo, se resiste durante toda su vida a volver, aunque la gloria lo espera en sus alturas supremas, y vive hechizado en la selva tropical, a lo largo del río Uruguay; Molina, glorificado por el ambiente de Bolonia, no puede resignarse al Viejo Mundo y sólo sueña con sus valles nativos y con las montañas de Chile. Bonpland es reclamado por las academias del mundo; Humboldt, compañero de viajes por América, lo llama, para que comparta la gloria con él, pero el naturalista rechaza todas las invitaciones y todos los honores y se queda en América. Molina trata de retornar, ya en el ocaso de su vida, para morir bajo la sonrisa azul de los cielos de Chile, pero no puede salir de Bolonia. Hoy los restos del abate han sido reintegrados a su patria; se les dió sepultura en la capilla del Seminario del Liceo de Talca y tiene bustos en Linares y en Santiago, expresión de homenaje de su pueblo al hijo preclaro que nunca olvidó los lares nativos. Hay una estatua de Molina en la Universidad de Bolonia... y en la Biblioteca del Museo de Historia Natural de Santiago, que lleva su nombre, sentí que la emoción ahogaba mi voz cuando ví su retrato y recordé su dramática historia. Bonpland, en cambio, quedó para siempre en América y sus restos yacen olvidados en el modesto cementerio de Paso de los Libres, donde lo señalé en 1949, como lo informó "La Nación" en enero de ese año; el nuevo continente, que lo había asimilado, fué ingrato con su memoria y el pensamiento argentino no le ha rendido aún el homenaje que se le debe, tanto por su enorme obra de investigación sobre su naturaleza como por el ejemplo que significa su vida de sacrificio por el ideal. El doctor Juan A. Domínguez dirigió la publicación de algunas de sus obras inéditas y Alberto Palcos escribió sobre su vida notables trabajos en "La Prensa". El doctor Félix María Gómez, en 1949, bajo los auspicios del Seminario "Dr. Francisco P. Moreno" de la Sociedad Cientí-

fica Argentina, dió una magnífica conferencia sobre la vida del famoso prisionero del tirano paraguayo, doctor Francia, publicada después en los Anales de la misma entidad... Todas las iniciativas para levantar un monumento en Paso de los Libres al más grande de los naturalistas de América del Sur no tuvieron éxito. Se está acercando el centenario de su muerte y las fuerzas intelectuales argentinas — y sudamericanas — debieran organizarse, para rendirle su homenaje merecido, en 1958... Veo en las figuras de Molina y de Bonpland, que son estelares para la humanidad, un paralelismo dispar, como si fueran dos astros en marcha contraria dentro del mismo sistema solar. Molina (1740-1829) y Bonpland (1773-1858) nunca se encontraron, pero hubiera sido interesante escuchar los argumentos de ambos en su posible dialogación.

JOSÉ LIEBERMANN.

LA MIRADA Y LA VOZ

La mirada y la voz desempeñan un papel trascendental en la convivencia. Puede decirse de ambas que son los puentes por donde el hombre penetra en el mundo de los hombres. La mirada y la voz producen simpatías y antipatías sin causas que las justifiquen. Cuando alguien se sabe mirado, atrae o aleja a quien mira, por el agrado o desagrado que le ocasiona. Ver cómo alguien mira, predispone mal o bien, porque la mirada despierta reacciones súbitas.

Con la voz acontece lo mismo. El hecho se observa mejor cuando se oye hablar un idioma que se desconoce. La voz es únicamente una ampolluela sonora, pues no sabemos lo que significan las palabras, y, sin embargo, el tono de esa voz agrada o desagrada. Ocurre con la voz y con la mirada, lo que con el olor de las flores. No todos los olores son agradables ni todos los olores agradables lo son en la misma medida. Tal lo que sucede con la mirada y con la voz. Hay miradas que atraen, subyugan, apasionan, y miradas repulsivas, sucias, antipáticas. Hay voces dulces, suaves, encantadoras, y voces ásperas, duras, agrias.

Los ojos siempre expresan algo cuando miran, de modo que el estudio de la mirada es constantemente complejo. En cambio la voz, tiene un valor como voz. El oído la percibe y la